Amor entre libros 2.4









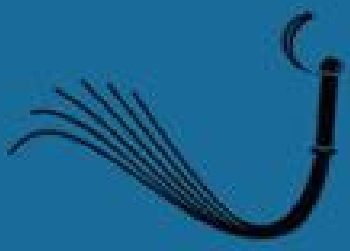


# Un amor inesperado

## Creando momentos









Irina Melero Sarrió

18+

# Un amor esperado

*Creando momentos*

Irina Melero Sarrió

Copyright © 2024 Irina Melero Sarrió

Primera edición: abril 2024
Título: Un amor inesperado: Creando momentos
Corrección morfosintáctica y estilística: Irina Melero Sarrió
Del diseño de la cubierta: ©Irina Melero Sarrió, abril 2024
De la imagen de la cubierta, de la contracubierta y del interior: pngtree y shutterstock
Del texto: ©Irina Melero Sarrió, abril 2024
De esta edición: ©Irina Melero Sarrió, abril 2024

Bajo las sanciones establecidas por las leyes quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet— y la distribución de ejemplares de esta edición y futuras mediante alquiler o préstamo público.

Creando momentos

# *Después del capítulo 12 de Un amor esperado*

Mackenzie se sentía muy nerviosa. Iba en completo silencio sentada de copiloto en el vehículo de Jayden mientras este la llevaba a su casa después de recibir el alta en el hospital. Un sitio que no había pisado en mucho tiempo y que le traía recuerdos muy amargos. Aunque había compartido la vivienda con Mika en el pasado, cuando él se fue también sufrió violaciones y vejaciones. Además de la soledad permanente que la acompañaba en esa época oscura de su vida. Ahora viviría con Yuki y su pequeño Michael, que tenía un millón de ganas de volver a ver, pero tenía la duda de si Jayden se quedaría con ella.

El Muñeco había apostado por el amor que entre los dos existía, pero él poseía un lugar donde vivir y quizás mudarse podría no ser buena idea. Incluso habiendo compartido tanto tiempo juntos en el apartamento de Emma cuando la rescató de Fetiches.

Jayden sabía perfectamente en lo que esa cabecita pensaba. La miraba por el rabillo del ojo y la notaba nerviosa y pensativa. Esperaba que se llevara una sorpresa cuando viera que había ido a su apartamento para coger ropa y ocuparle un espacio en el armario. Porque estaría loco si pensaba tan solo una milésima de segundo en separarse de ella. También le gustaría que le preguntara de manera directa, pero la ansiedad se la comía.

—Muñeca, ¿todo bien? —Jayden colocó su mano en el muslo y se lo acarició suavemente.

Mackenzie sonrió y le agarró la mano.

—Sí. Solo son nervios, necesito ver a mi hijo y a Yuki.

En parte le decía la verdad, porque aunque los dos la visitaron en el hospital, necesitaba abrazarlos por más tiempo. Sin goteros, ni cables por todas partes. Aunque se le saltaran los puntos por la fuerza que usaría, en cuanto los viera, nos los iba a soltar por nada del mundo.

—Pues hemos llegado, ya puedes relajarte. —Jayden vio como se quitaba el cinturón de seguridad de manera apresurada y él no había ni siquiera apagado el motor—. Un momento, nena. Sé que estás deseando verlos a los dos, y has esperado una eternidad para este instante, pero dame un segundo, por favor.

Mackenzie lo miró, intrigada. Él se quitó también el cinturón y se acercó para besarla de manera pausada y notó como ella se relajaba.

—Es hora de disfrutar, no vayas con prisas. Saborea cada minuto con las personas que amas. Ya nada ni nadie te va a poder separar de ellas.

Se le aguaron los ojos. ¿Cómo podía ser tan perfecto? Se abalanzó para abrazarlo con fuerza y se quejó por la herida, le tiraban los puntos.

—No te puedes hacer una idea de todo lo que te amo —le confesó ella, por millonésima vez.

—Si es lo mismo que yo a ti, me la hago. —Jayden le guiñó un ojo y le dio un rápido pico—. ¿Entramos? —Señaló la puerta con la cabeza.

—Sí, por favor.

Los dos salieron del coche a la vez y se acercaron a la puerta cogidos de la mano. Mackenzie respiró profundo y se adentró en la vivienda.

Se emocionó al ver a sus amigos en el salón disponiendo aperitivos y bebidas. Una enorme pancarta decía “BIENVENIDA A CASA, MACKENZIE”. Y todos parecían contentos, se les veía en la sonrisa y hablaban entre ellos animadamente.

Mackenzie no puedo evitar las lágrimas.

—Hola… —consiguió pronunciar.

—¡Mami! —El pequeño Michael apareció de la nada, corriendo hacia ella, cayéndose con las

manitas hacía delante, pero se levantó rápido, y se abrazó a las piernas de su madre.

Ella se agachó y lo achuchó con fuerza, mientras que Yuki se acercaba y se unía a los dos. Mackenzie lloró más y más, de felicidad. Por fin se encontraba donde debía y no donde la habían obligado por tanto tiempo.

---

Entre la deliciosa comida que habían preparado Jayden y Michael, todo lo que había jugado con su hijo, el dolor de la herida y las risas que se habían sucedido en el salón de su casa, Mackenzie se había quedado dormida con el pequeño en el sofá. Jayden, para protegerlos del aire acondicionado, los tapó con una fina manta y se dirigió a la cocina a recoger un poco.

Los demás se encontraban en el jardín, reían y correteaban detrás de Elijah, porque ese niño poseía una energía descomunal y todavía no tenía sueño. El exagente de la CIA lo observó desde su posición, y a su madre también. Todavía se culpaba por lo que habían tenido que vivir, aunque la Ninfa de ojos plateados decía que se encontraba mejor. Prometió acudir a un psicólogo con su hijo. Él querría que Mackenzie también lo hiciera, pero eso sería más complicado. Tendría que hablar con ella sobre el tema, sobre todo por Michael, que seguramente habría visto mucho que no debía por culpa de Jacob. «El padre del año», pensó el Muñeco, con ironía.

Se concentró en su tarea para dejar la cocina limpia, hasta que se acercó Emma para hablar con él.

—¿Qué tal, super agente?

—Pues bien, supongo. —Jayden se encogió de hombros—. Más tranquilo, desde luego. Es como si me hubiera quitado una mochila de doscientos kilos de encima.

Emma sonrió.

—¿Sabes? Desde que te conozco he pensado que no estabas del todo completo, que te faltaba algo. Cuando empecé a conocer a Mackenzie, descubrí qué era.

—¿A qué te refieres? —Jayden frunció el ceño.

—A ella. —Señaló el sofá con la cabeza—. Y no me refiero a que necesitabas enamorarte. Necesitabas su amistad.

—Ni lo afirmo, ni lo desmiento. —Jayden se rio.

—¿Por qué no me lo dijiste? Te podría haber ayudado a recuperar su amistad. O por lo menos intentarlo.

—Sentía que la había cagado demasiado, no me iba a perdonar en la vida. No lo sé, Ninfa. —Suspiró.

—No quería agobiarte, solo quiero decirte que si te vuelve a pasar algo parecido, cuentes conmigo.

—Pues eso va a ocurrir demasiado, te cansarás…

—Ja, ja, ja. Eres un idiota. ¡No la volverás a fastidiar! Ella confía en ti, todos confiamos en ti. ¿Qué más necesitas? —Puso los brazos en jarras.

—No ser eso, un idiota. Tengo alarmas en mi cabeza que me gritan todo el rato que lo voy a estropear de nuevo. No se callan. —Hizo un puchero muy tierno.

Emma no pudo resistirse a abrazarlo.

—Jayden, eres un hombre increíble, dulce, noble, divertido y hermoso, por fuera y por dentro. Ella te adora, y te ha dado una oportunidad porque lo sabe y también que estás enamorado hasta la médula. Intenta confiar un poco más en ti. O te será muy difícil disfrutar de Mackenzie ahora que la has recuperado.

—Gracias, rubia. Le subes el ánimo a cualquiera. —La besó en la mejilla—. Y también subes otras cosas.

—¡Imbécil! —Se separó de él y le dio una colleja.

—Ven aquí, tonta. —Jayden la atrajo hacia sí y la volvió a abrazar.

En ese instante, Mackenzie se despertaba con la boca un poco seca. Necesitaba algo de agua. Cuando se levantó del sofá y miró hacia la cocina abierta, sonrió con ternura. Ver a Jayden y Emma abrazándose, con esa amistad tan bonita que tenían, le calentó el corazón. Se acercó de manera sigilosa y se unió al abrazo.

—Cuidado, que se nos ha pegado un moco —se burló Jayden.

Emma se rio a carcajadas y Mackenzie les pellizcó en el trasero a los dos.

—¡Ay! Bruta —se quejó la rubia, sentándose en un taburete.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Emma, al ver dolor en la mirada de Mack cuando se sentó a su lado.

—Sí, solo tengo sed y cuando se pasa el efecto de los calmantes me duele mucho.

—Marchando agua y drogas —dijo Jayden.

—Y un té, por favor. —Mackenzie se giró hacia Emma y le agarró las manos—. Y tú, ¿te encuentras bien?

—Sí, me encuentro bien. No deberías preocuparte tanto.

—No me pidas eso, no lo controlo. —Mackenzie se encogió de hombros—. ¿Y Kenny?

—Recuperándose. El lunes podremos recogerlo del veterinario. Lo echamos de menos, aunque el que más Lenny. ¿Verdad, mi niño? —El perrito se encontraba a los pies de su dueña, que según le había contado Jayden, últimamente no se separaba de ella. Lanzó un gemido de tristeza al escuchar el nombre de su papi—. Tranquilo, pronto volverá. Y usted, señorita Hill, debería visitar un psicólogo junto a Michael. Te voy a dar el teléfono del pediatra de Elijah, seguramente nos pueda recomendar uno o una para los pequeños. Y nosotras podemos ir juntas cuando nuestros hombres no puedan acompañarnos. Aunque ahora, hasta que el super espía empiece a trabajar de nuevo, lo podemos utilizar para que nos coja las bolsas de las compras que haremos cuando salgamos de la consulta.

—Yo encantado —dijo Jayden, mientras ponía un sándwich delante de la Muñeca, un poco de agua y el té, porque no podía tomar sus calmantes sin algo de comida en el estómago. Y hacía varías horas que habían cenado—. Me voy a tomar unas vacaciones antes de convertirme en el jefe de seguridad informática de Sullivan’s Security.

El deseo de Ava y Mason siempre fue que su hijo trabajase para ellos. Como había dejado la CIA, les había comentado que pretendía unirse a la empresa. Y como era hijo de los jefes, pues le darían un puesto de liderazgo de buenas a primeras. La suerte es que, dado que conocía a casi toda la plantilla de trabajadores, ninguno había puesto objeción ni se había quejado por ser enchufado. Hace unos días visitó la empresa que un día se convertiría en suya y su madre, emocionada cuando le comentó sus intenciones, lo llevó despacho por despacho, sala por sala, a contárselo a todo el mundo. Y sin excepciones, le dieron la enhorabuena y estaban deseando trabajar con él. Siempre fue una persona risueña y muy bromista, se ganaba el corazón de todos en un santiamén.

—A Michael sé que lo tendré que llevar en algún momento, más pronto que tarde, pero ¿lo mío no tiene ningún tipo de negociación? —Mackenzie esbozó una sonrisa coqueta, intentando librarse de acudir a un especialista.

Siempre había sobrevivido sola, se había hecho fuerte a base de golpes. No necesitaba un loquero para curarse. Ya se sentía más que curada. Sobre todo, libre. Y eso no lo había

conseguido un psicólogo. Lo había logrado con la ayuda de esas personas que estaban allí en su casa. Incluidos los padres de Jayden y William, que no se encontraban a su lado en ese momento.

—Nena, sé que seguramente no lo necesites, porque más fuerte que tú no hay nadie, pero creo que primero debes probar a ver si te ayuda. Siempre puedes cortar la terapia si ves que realmente no la necesitas.

—De acuerdo, iremos juntas —aceptó Mackenzie.

—Ah, muy bien —respondió Jayden, con tono dramático—. Le haces caso a ella antes que a mí, muy bonito. Me siento ofendido. —El exagente se cruzó de brazos, fingiendo enfado, pero se notaba que no se sentía de ese modo. Estaba contento porque la Muñeca hubiera aceptado ir a terapia.

Mackenzie le dio un beso en la mejilla.

—¿Se te ha pasado ya el mosqueo?

—Ji, ji, ji. *Zi*. —Él le devolvió el beso.

—Amor —llamó Mika a Emma, en voz baja—, creo que es hora de irnos—. Señaló a Elijah, que dormitaba en sus brazos, por fin.

—Aleluya. —Emma alzó los brazos al cielo y empezó a recoger sus cosas.

Los demás también hicieron lo propio.

—En cuanto te quiten los puntos, vamos a mover el trasero por ahí —dijo Madison a Mackenzie, con tono inflexivo—. Y me importa un cuerno que no te guste esa música.

—De acuerdo. —Levantó las manos en señal de paz—. Cualquiera te dice que no.

—Estupendo. Porque iremos a la discoteca latina favorita de Jayden. —Madison le guiñó un ojo al susodicho.

Este alzó los puños en señal de victoria. Mackenzie se rio, porque el Reggaetón era un tipo de música demasiado vacía que no casaba con Jayden en ningún aspecto. Aunque era cierto que te invitaba a bailar y ver a ese espécimen meneando el trasero, como bien había dicho su amiga, iba a ser todo un espectáculo.

—Muy bien, no me vas a escuchar negarme.

—Ese disparo te ha recolocado los chacras, o vete a saber, querida —comentó James.

Todos lo miraron como si fuera un extraterrestre.

—¿De qué hablas? —preguntó Mika.

—No sé, estoy algo borracho. —Le restó importancia con un gesto de la mano—. Mejor me voy a casa.

—¿Te llevamos? —preguntó Emma.

—No te preocupes, nos pilla mejor el camino que a vosotros. Le acercamos nosotros —respondió Liam, algo nervioso, pero solo lo notó Jayden.

Este frunció el ceño, confuso, aunque cuando empezaron a despedirse unos de otros, olvidó la actitud de Liam.

Después, Yuki y Jayden ayudaron a Mackenzie a ponerle el pijama y acostar a Michael. Con mucho esfuerzo, entre los dos la separaron del pequeño, porque se empeñaba en dormir con él, pero pensaban que no sería bueno acostumbrarse a eso, a dormir con su mamá. Y cuando Jayden la dejó en la habitación poniéndose el pijama y él se fue al baño, la encontró profundamente dormida al regresar.

---

*La sangre manchaba el suelo y cubría también a Jayden que sostenía el cuerpo sin vida de Mackenzie. Le realizó el masaje cardíaco hasta que se le durmieron las manos y sus lágrimas no*

*le dejaron ver con claridad.*

*Le había fallado, le había fallado a la primera persona de la que se había enamorado. La única mujer que le había dado lo que necesitaba, tanto en la cama como fuera de ella. Siempre estuvo triste porque perdió su amistad por una tontería suya de adolescente y ahora que la había recuperado, no podría disfrutarla.*

*Sentía un vacío en el pecho que nadie ni nada lo podría llenar nunca. Sin pensarlo demasiado, recogió su arma del suelo, la pistola con la que había acabado con la vida de la persona que había hecho sufrir a su Muñeca, se la llevó a la frente.*

*—M-me voy contigo… —dijo en un susurro.*

*Y apretó el gatillo.*

---

Jayden se despertó empapado en sudor, jadeando y con un dolor en el pecho que lo abrumaba. El suicidio, según su punto de vista, era un acto cobarde ante un problema que te ponía la vida. Pero si realmente hubiera perdido a Mackenzie, no sabría qué habría hecho después. Miró a su lado y vio a esa preciosa morena de ojos azules todavía dormida. Hermosa, serena y libre. Si por un momento él se veía en la situación, otra vez, de perderla, todo lo que él era se moriría sin necesidad de quitarse la vida.

Decidió levantarse, aunque fuera temprano, porque no iba a conseguir dormir y necesitaba quitarse el sudor de encima. Se internó en el cuarto de baño y empezó a darse una ducha.

Mackenzie, mientras tanto, soñaba con el día que se realizó la reunión de antiguos alumnos. Esa noche fue unos de los momentos más satisfactorios de su vida. Darle en los morros a sus abusadores siempre la ponía de buen humor, aunque fuera por pocos minutos.

---

*Cuando la última persona salió del instituto, Mackenzie les echó una mirada a sus "amigos" y se rio a carcajadas.*

*—¿Se puede saber de qué te ríes? —preguntó Tessa, con furia en los ojos.*

*—De lo gilipollas que sois.*

*Por ese insulto, se llevó una bofetada de Jacob. Lo único que consiguió es que se riera más y más. Sabía de sobra que sacar esa foto a la luz no iba a servir de nada, lo único que consiguieron fue ponerla de mal humor y desenterrar recuerdos que quería dejar guardados. Aunque eso no se lo diría a ninguno de los que allí se encontraban. No podían ver sus debilidades. Lo único malo es que, seguramente, su medio hermano, al que conoció hace apenas un año, se convertiría en una. Lo puso al tanto de todo lo que ocurría con su padre e intentaba que eligiera ser esclavista cuando cumpliera los dieciséis, pero algo le decía que eso no iba a ser así.*

*—Me dais mucha pereza, de verdad. —Fingió un bostezo—. Me largo. Espero que recojáis todo esto. Ah, y la pantalla la pagáis vosotros.*

*—¿Dónde crees que vas? —Jacob la agarró del brazo con brusquedad.*

*—A mi casa, donde me prometisteis que iría después de esta birria de fiesta. Yo no tengo la culpa de que vuestros planes de mierda salgan mal. —Se encogió de hombros—. Si no cumplís vuestra promesa, voy a ser más grano en el culo que de costumbre.*

*—No te preocupes, querida, vamos a cumplir la promesa. Pero tú vas a hacer lo que sea para recuperar a Michael. Tienes que alejarlo de esa zorra para que nosotros podamos hacer lo que*

*queramos con ella —explicó Jacob.*

*Las alarmas de Mackenzie saltaron de inmediato, pero no mostró su preocupación. Emma no tenía la culpa de que Jayden decidiera engañarla con ella. Y que Michael lo hubiera hecho, tampoco. Obviamente, no quería que nadie sufriera su mismo destino. Iba a parar eso como sea.*

*—Con que os gusta la rubia… —Mackenzie se rio de manera sarcástica—. Es demasiada mujer para vosotros, hasta yo sé reconocerlo.*

*—Claro, te quitó dos novios. Aunque no es difícil, con ese cuerpo esmirriado… —Tessa gesticuló con desdén y una mueca de asco.*

*—¿Os ofendí? Ja, ja, ja, ja, ja, ja. —Mackenzie se dobló de la risa y los monstruos a los que odiaba tanto dieron un paso. Ella levantó las manos—. Recordad que los granos en el culo son muy molestos, eh.*

*—¡YA ME TIENES HARTO! —Jacob se acercó a ella y la agarró de la cara con brusquedad —. Procura hacer lo que te pedimos, o reventaremos ese grano en el culo hasta que no quede nada de él, ¿entiendes? —La soltó con fuerza.*

*—Uy, qué miedo, mira como tiemblo. —Movió las manos delante de él. El cuerpo de Jacob se tensó, parecía que iba a explotar—. Relájate o harás* pop*, como las palomitas. Ahí os dejo a lo vuestro. Dejadlo todo bien limpito, vendré mañana a comprobarlo. ¡Ale, qué os den mucho por el culo!*

*Mackenzie se dirigió a su vehículo. Pensó en el camino a su casa cómo podría alejar a Mika y Emma de esa panda de degenerados.*

*Su fallo fue ir puesta de coca y que el arma se le disparara sin querer. Aunque el resultado le trajo satisfacción y castigos a partes iguales.*

*¿Satisfacción? La orden de alejamiento que la incapacitaba para acercarse a Emma. Y como siempre estaba con Michael, pues tampoco podía verlo a él. Y aunque su padre tenía a la policía comprada, si daba con algún agente que se tomara esa orden en serio, podría ser una molestia para Robert y era un hombre muy ocupado en sus delitos. No tenía tiempo para tonterías, así que dejaría las cosas estar por el momento.*

*¿Castigo? Le rompieron la nariz, pero eso era un mal menor. Sus padres, aunque su negocio principal fuera la esclavización sexual, seguían siendo los mejores cirujanos plásticos del país. Se la arreglarían y como si no hubiera pasado nada. Lo malo fueron los abusos continuados y sin descanso que le aplicaron por fastidiarla con el tema de Michael. Sin embargo, los abusos se realizaban sí o también. Así que, cada vez que la vejaban, pensaba en lo que había conseguido con su numerito y solo sentía alegría. Esa bonita pareja como eran Michael y Emma no se merecían meterse a ese mundo tan oscuro cuando ellos solo irradiaban luz.*

---

Mackenzie se despertó con una sonrisa por el sueño. Cuando empezaron sus abusos y siguieron durante tanto tiempo, casi nunca encontraba momentos para reír. Pero poder sacar algo bueno de aquello y ver que, aunque los métodos no fueron muy acertados, había hecho el bien por alguien, la llenaba de satisfacción.

Se estiró en la cama y sintió como la herida del abdomen se le tensaba. Miró a su lado y vio la cama revuelta y al tocarla la notó caliente y algo húmeda. Antes de quedarse dormida, lo último que vio fue a Jayden entrando en el baño. Y pensaba que después de ella dormirse se habría marchado. ¿Se quedó acompañándola? Se levantó y fue al baño que tenía anexo a su habitación. Al entrar tuvo un pequeño *déjà vu*. Jayden se estaba duchando, el agua le caía por el escultural

cuerpo trabajado a base de gimnasio y duro entrenamiento. Solo le faltaba masturbarse como la primera vez que lo vio en esa tesitura.

Ella se desnudó y se internó en la ducha con él. Lo abrazó por la espalda y llevó las manos a su abdomen duro. Sonrió al notarla.

—Buenos días, Muñeca.

—Sigues aquí… —Suspiró, tranquila.

—Me ofende que pensaras que me iba a ir alguna parte. —Jayden se giró para mirarla de frente. Le cogió la cara entre las manos—. Puede que sea un ocupa en tu casa, pero en tu corazón tengo lugar de manera indefinida. Así que, me vas a tener que soportar durante *muuuuucho* tiempo.

—Me parece genial. —Lo besó en los labios—. ¿Me ayudas a enjabonarme? —Con una mirada pícara se giró.

Jayden la miró de arriba abajo un par de veces. Le encantaría tocarla por todas partes, sin embargo, se mordió los nudillos para contenerse y la lavó con cuidado y dedicación. Hacía unos días que la habían vuelto a violar, le dejaría espacio. Podía esperar lo que fuese necesario.

Al salir, le curó la herida y le colocó un apósito con una pomada para que le calmara la comezón.

—Oye, no te lo he dicho, pero tu casa es muy bonita —comentó Jayden, mientras le colocaba un albornoz.

—Gracias. Aunque… creo que voy a venderla. Quiero dejar muchas cosas atrás. —Se encogió de hombros.

—Pues —la agarró de las axilas y la sentó en la cerámica del lavabo—, te ayudaré a buscar una nueva. ¿Sabes? Creo que vi una en venta al lado de casa de la Ninfa. Le pediré el número de la inmobiliaria. ¿Te parece bien?

—Me parece bien —respondió Mackenzie. Jayden sonrió y se giró para salir del baño—. ¿A dónde crees que vas?

—A vestirme.

Ella lo agarró del brazo y tiró de manera brusca. Él no se lo esperaba y acabó entre sus piernas. Empezó a besarlo con mucho ímpetu mientras se deshacía del albornoz y de la toalla de Jayden.

—Espera, espera, espera. ¿Qué haces? —Recogió rápido la toalla para tapar en la medida de lo posible su erección.

—Si me lo tienes que preguntar, esto pierde toda la magia. —Mackenzie puso los brazos en jarras, completamente desnuda. Solo con el apósito que él le puso antes.

—Es que… —Jayden se revolvió el pelo, nervioso—. Hace unos días tu padre…

—Dejé que ese señor que se hacía llamar mi padre dominara mi vida durante muchísimo tiempo, pero ahora no pienso consentir que después de muerto me siga dominando. Lo que me hizo ya no me afecta, aunque haya ocurrido hace unos días. Así que, quítate la jodida toalla y fóllame de una maldita vez —ordenó, sin dar lugar a réplica.

Jayden no osó decir nada más y acató su orden.

Completamente desnudo, atacó sus labios con vehemencia. Ella lo agarró del cuello y provocó un gruñido de excitación en él.

—Muñeca —se separó para tomar aire y recordarle algo—, estás medicándote. Los efectos de las píldoras anticonceptivas se verán reducidos. Y yo hace bastante tiempo que no compro condones.

—No importa. —Se echó saliva en la mano y agarró el miembro de Jayden para

embadurnarlo, aunque quizás no hiciera falta. Estaba bastante húmeda—. Córrete fuera y listo. Y si hay algún problema, ya nos preocuparemos cuando proceda.

El Muñeco la agarró de las nalgas y la atrajo al borde del lavabo. Se introdujo en ella poco a poco, pero Mackenzie necesitaba más. Le clavó los talones en el trasero y lo empaló en ella hasta el fondo. Los dos sisearon del gusto.

—Fóllame —le exigió, agarrándole del cuello y apretando lo suficiente para que lo excitara más, pero sin cortarle demasiado la respiración.

—Existo para servirte —le dijo, mientras la penetraba de manera dura, como a la mujer de la que estaba enamorado le gustaba.

Se miraron a los ojos antes de correrse al unísono. Y no, Jayden no salió de ella.

—Te amo —le dijo Mackenzie.

—Te amo —respondió Jayden.

Los dos se rieron.

—Creo que debemos comprar una pastilla del día después —sugirió él.

—Mañana vamos. —Y lo besó con pasión.

*Toc, toc, toc*.

—*Onēsan* (hermana mayor), siento interrumpir. ¿Puedo pasar? —llamó Yuki, parecía preocupado.

—Sí, danos un momento.

Se limpiaron y se colocaron ella el albornoz y él la toalla a la cintura. Cuando abrieron la puerta, encontraron a Yuki con el pequeño Michael en brazos. Haciendo pucheros y con las mejillas llenas de lágrimas.

—Mi vida… ¿qué te pasa? —Mackenzie cogió a su hijo. Se quejó un poco por la herida, pero lo más importante era consolar a la luz de su vida.

—Ha tenido una pesadilla. —Empezó a explicar Yuki en japonés, para que su sobrino no se alterara más—. Según he entendido, ve un monstruo con muchos brazos, piernas y cabezas. Ese monstruo puede ser el resultado…

—De exponer a un niño a una orgía donde maltratan a las personas —terminó Mackenzie la frase.

—Oye —Jayden se agachó para ver a Michael a los ojos. Le limpió las lágrimas con los dedos —, ¿te gustan las tortitas con sirope?

A pesar de tener dos años, entendía muy bien lo que se le decía. Asintió ligeramente con la cabeza, esbozando una pequeña sonrisa.

—¿Y quieres prepararlas conmigo?

—*Zi*…

—Anda, Jayden hace unas tortitas deliciosas. —Mackenzie le dio un beso en la mejilla.

—Me lo llevo mientras os vestís. —Yuki cogió a Michael y dejó a la pareja a solas.

Mackenzie suspiró, frustrada y enfadada. Le encantaría traer de nuevo a Jacob a la vida y volverlo a matar por haber expuesto a su hijo a la maldad que se respiraba en Fetiches.

—Oye, ese niño adorable, además de tener tu pelo y tus increíbles ojos, te aseguro que también tendrá tu fuerza. Con nuestra ayuda y la de un profesional, superará el trauma —le dijo, agarrándola de manera suave por la barbilla.

—¿Tú crees?

—No lo creo, lo sé. Y vamos a desayunar, que estás muy canija, pequeño piojo.

—¿Pequeño piojo? —preguntó Mackenzie, azotándole el trasero a Jayden.

—*Shi*, pequeño piojo. —Le sacó la lengua y salió corriendo.

Ella se rio y fue detrás de él. Menudo tonto estaba hecho. Y Menudo tonto del que estaba enamorada. El más maravilloso del mundo.

---

—Espera, espera, Muñeco. ¿Por qué nos mira todo el mundo? —preguntó Mackenzie, después de plantarse con Jayden en la puerta de la discoteca en la que habían quedado con sus amigos.

—A mí no sé, a ti porque estás buenísima. —La cogió de la mano y le dio una vuelta.

No le faltaba razón. Había escogido un vestido ajustado; con escote corazón y tirantas finas; de piel; que le llegaba por debajo de las rodillas; con una pequeña raja en el centro; de color morado oscuro. Lo combinó con un pequeño bolso negro, con una linda cadena plateada para colgárselo al hombro y unos *stilettos* negros a juego. Se dejó el pelo suelto ligeramente ondulado echado hacia un lado, porque si se lo rizaba demasiado se le acortaba mucho, dado que aún no le había crecido lo suficiente. Y se maquilló como tan bien le quedaba. Delineado pronunciado negro con rabillo largo, labial del mismo color que el vestido y un colorete en tono marrón.

—Tú también estás guapísimo. —Resultó que Jayden tenía en el armario una camisa del mismo color que el vestido de Mackenzie. La llevaba remangada a los codos y con un par de botones desabrochados. El *outfit* lo completaba un pantalón de pinzas negro que le llegaba un poco por encima del tobillo y unos zapatos de vestir del mismo color. Se peinó hacia atrás, con un poco de loción—. Pero te estoy preguntando en serio.

—Salimos en las noticias. Ya te dije que los esclavos a los que liberaste no lo olvidaran. Y bueno, hicieron sus declaraciones ante la prensa diciendo que tú los salvaste, se ha descubierto que Jayden Sullivan, la estrella del fútbol americano, era un agente de la CIA y se ha detenido a mucha gente importante e influyente, has vuelto a la vida… Era imposible que el tema no transcendiera. Lo único que he podido conseguir ha sido que no nos molesten —respondió Jayden.

—Por eso nos miraban tanto también cuando paseábamos con Michael… —cayó en la cuenta.

—Yo me he quitado un peso de encima. Ya no tengo que contarles a los periodistas mentiras sobre mis supuestas lesiones o escusas baratas sobre qué me pasa que no estoy jugando muy bien, ni decir que quizás me vaya a retirar pronto.

—O sea, que somos famosos…

—Un poco. No le des importancia, ya se pasará la emoción del momento y todo quedará en el recuerdo. —Levantó las cejas repetidas veces y llevaba esa expresión pícara típica de cuando Jayden pensaba hacer una travesura—. Sin embargo, ahora que nos miran tanto, voy a aprovechar para darle envidia al personal. —La agarró de la cintura y la atrajo hacia él.

La besó apasionadamente. Y como ella se encontraba de espaldas a la fila de gente que quería entrar a la discoteca, le agarró una nalga. Mackenzie se rio en su boca y le pasó los brazos por el cuello y se dejó besar.

Pasados unos minutos, alguien le dio un azote en el trasero a ella. Se giró bruscamente con mirada asesina.

—Bonito Chanel —dijo James, mirando su atuendo.

—Casi te reviento la cara, idiota —le reprendió Mackenzie.

—¡Pero qué monos sois! Si vais hasta conjuntados —comentó Emma, que iba de la mano con Michael. Como estaban cerca de la pareja, la editora empezó a olisquearlos—. Jayden, ¿llevas su perfume?

—No sé de qué me estás hablando. —El exagente miró hacia otro lado, conteniendo la risa.

—Te ha pegado fuerte el amor, eh. —Michael le dio un codazo a Jayden, de manera amistosa.

—Es que miradla —señaló de manera exagerada a Mackenzie—, ¿no es para enamorarse? Es hermosa, inteligente, cariñosa, en la cama es… *ufff*, eso mejor me lo callo, no quiero crear envidias innecesarias, graciosa y de la cabeza no está bien.

Mackenzie le dio con el bolso en el brazo.

—¿Acabas de llamarme loca?

—¡Era un cumplido! Ser loca no significa algo malo. En ti resulta muy interesante, no sé nunca por donde me vas a salir. Aunque a veces que seas así hace que me salgan canas por el estrés. Pero es como una lotería. ¿Por qué coño estaré explicando yo nada? Eres perfecta y punto. Se acabó la conversación. —La besó apasionadamente.

—*Love is in te air*… —canturrearon los tres amigos de la pareja al unísono.

Todos se rieron a carcajadas y después entraron en la discoteca para encontrarse con Madison y Liam. Esos dos siempre eran puntuales cuando se trataba de ir a algún lugar a mover el esqueleto. Y contaban con los mejores reservados y ni ellos ni sus amigos tenían que esperar cola para entrar.

---

Mackenzie, a pesar de la música, se lo estaba pasando muy bien. Debían estar muy pegados para poder hablar entre ellos, pero salvo eso, la noche marchaba de perlas. Entre Jayden y Emma se cantaron todas las canciones. Solo le faltaba ver a su Muñeco en la pista. Quería comprobar como meneaba ese trasero bien formado que se gastaba.

Por suerte sonó una canción que parecía gustarle mucho de Reggaetón antiguo. Se llamaba Ella no sigue modas de Juan Magán y Don Omar. Sacó a Emma a bailar. Mackenzie no se molestó por ello. Primero quería observarlo bien antes de unirse a él. Aunque esas melodías no despertaran nada en ella, quería compartir con el hombre al que amaba también sus peculiares gustos.

Al principio se movía ligeramente, pero cuando rompió la canción, miró a sus amigos y levantó una ceja. Se excitó con tan solo verlo perrear.

—Oigo tu sexo chorrear desde aquí —le dijo James al oído, en tono de broma—. Si folla igual que baila, te lo robo algún día. He pasado a unos cuantos heteros al lado oscuro.

—Más quisieras tú. —Mackenzie le guiñó un ojo y salió a la pista de baile.

Muy sutilmente comenzó a bailar cerca de Jayden y Emma, a ver cuando él se daba cuenta. No tardó mucho, en un santiamén se abrazó a su espalda y bailó con ella hasta que se acabó esa canción y sonaron tres más. Se echaban miradas que incendiarían el local entero si fueran capaces de prender fuego.

Después, cuando Mackenzie no podía aguantar las ganas que le tenía, lo llevó de la mano hacia los baños de mujeres. Había un par de chicas que los vieron, pero no dijeron nada. Solo se rieron por lo bajo. Ella, cuando cerró la puerta del cubículo, le desabrochó el pantalón a Jayden, se subió el vestido, se quitó las braguitas de encaje, las metió en el bolsillo de la camisa de él y apoyó las manos en la pared. Lo miró con una sonrisa malévola.

—Ya sabes qué hacer.

—Madre mía, Muñeca. —Se abalanzó contra ella y empezó a besarle el cuello mientras se bajaba los pantalones y los calzoncillos.

La penetró de una vez. Ella siseó por la intrusión. Estaba bastante empapada, pero Jayden era grande. Siempre la impresionaría cada vez que la penetrara.

—Esto no es buena idea, me voy a correr en dos segundos. He bebido… —confesó, sin querer moverse.

—No me importa. Solo quiero que me folles hasta que explotes.

—¡DIOS, NENA! —Se agarró de sus tetas y empezó a penetrarla de manera dura y contundente.

Aguantaría todo lo posible aunque solo fuera para que se pudieran correr los dos.

Mackenzie no paraba de gemir, le daba en ese punto que la hacía enloquecer. Verlo bailar y que lo hiciera con ella, la había puesto tan cachonda que culminó enseguida. Y Jayden al notar como le apretaba la polla en su interior, también se corrió.

Salió de ella y le dio la vuelta. Se agachó, pasó una de sus piernas por el hombro y atacó su sexo con la boca. Mackenzie le agarró del pelo y soltó un enorme gemido cuando la penetró con la lengua hasta el fondo. La Muñeca no se cortaba ni un pelo en gritar lo que hiciera falta. Y vaya que si lo hizo cuando el segundo orgasmo recorrió todo su ser.

Después, cuando Jayden se cansó de lamerla mientras a ella le seguían temblando las piernas, se levantó para besarla.

—Te amo —le decía una y otra vez entre beso y beso.

—Yo también te amo, mi Muñeco —le contestaba ella.

—¿Qué has hecho conmigo, Muñeca del demonio? Me tienes en las nubes.

—Me metí aquí —le señaló el corazón con un dedo—, y no pienso salir.

—Me parece estupendo. —Le sonrió en los labios antes de darle el último beso y ponerse a limpiarla a ella y a sí mismo y colocarse la ropa.

Cuando salieron, había una chica con una sonrisa en el rostro. Los dos la conocían muy bien, fueron al colegio y al instituto juntos. Otro de los ligues de Jayden.

—Sabía que esos gemidos solo los podías provocar tú, mi querido Jayden —dijo, con tono seductor.

—Hola, Hillary —saludó él, con tono seco y con expresión incómoda en el rostro.

Mackenzie se preocupó por él, parecía bastante afectado. Y no llegaba a comprender por qué.

—Hola, guapo. —Le guiñó un ojo—. Hacía tiempo que no te veía, te he echado de menos—. Se acercó a él con intención de acariciarle el pecho, pero se apartó.

—Muñeca, ¿te importa que vaya un momento a tomar el aire? —preguntó, realmente incómodo con la situación.

—Claro que no, ahora te alcanzo.

Jayden la besó en los labios y se marchó. Pasó primero por el baño de hombres para lavarse las manos y un poco la boca y salió del local.

Mackenzie se quedó en el baño con su excompañera mientras se aseaba.

—¿Qué se siente al volver de entre los muertos? —preguntó Hillary.

—Liberador —respondió Mackenzie.

—Oye, no quiero ser mal educada, pero lo que sea que tengáis Jayden y tú no creo que dure. Ya te engañó una vez. Además que no eres la primera a la que se tira en este baño.

—¿Crees que me importa lo que me estás contando? —Se encaró a ella, pero en el rostro de la Muñeca no se veía ni una sola pizca de enfado. Se la veía serena, las palabras de esa mujer no le afectaban. Como tampoco el pasado de Jayden.

—Mira, no me puedo imaginar lo que has pasado y entiendo que él siempre fue muy buen amigo tuyo cuando estabais en el colegio y sienta la necesidad de protegerte, pero no creo que quiera hacerlo siempre. Algún día querrá salir del infierno en el que estás. Y ya estaremos las demás para acogerlo durante un rato en el cielo de nuestras piernas, porque sabemos que él

nunca se va a conformar con uno solo. Pero lo aceptamos tal como es.

Mackenzie forzó una sonrisa para no mostrar lo cabreada que se sentía por eso que había dicho. No porque insinuara que Jayden la dejaría. Eso no ocurriría, confiaba en él y tenía claros sus sentimientos. Lo que no le entraba en la cabeza era la confianza que se estaba tomando en hablar de lo que ella había vivido sin ni siquiera saber absolutamente nada. ¿Se encontraba en un infierno? Desde que su hombre la rescató, se sentía en el paraíso.

—Hillary, bonita, yo no me encuentro en ningún infierno. Soy el infierno. Y a Jayden le encanta pasar el tiempo dentro del infierno.

—El tiempo lo dirá. —Movió la mano con desdén—. Quizás esta noche mismo. Me voy a su apartamento, dile que lo espero allí. A ver qué decide.

—Le daré tu mensaje. —Mackenzie volvió a sonreír—. Cuídate.

—Tú también, preciosa. —Hillary entró en un cubículo y Mackenzie se marchó.

Salió del local a buscar a Jayden. El portero de la discoteca le indicó una plazoleta que se encontraba en la acera de enfrente entre dos edificios.

El Muñeco estaba sentando en un banco, algo cabizbajo. Además lloraba en silencio. Cuando ella se sentó a su lado, le vio las mejillas llenas de lágrimas.

—Mi vida, ¿qué ocurre? —Le alzó la barbilla suavemente para que la mirara a los ojos.

—Desde que casi mueres en mis brazos, no paro de tener pesadillas con que no soy capaz de devolverte a la vida. Es un suplicio para mí pensar que casi te pierdo. —Sorbió por la nariz y suspiró—. Emma, el día que te dieron el alta en el hospital, me dijo que sabía que a mí me faltó algo siempre. Y hasta que te conoció de verdad, no se percató de qué era. Me he sentido vacío desde que te perdí aquella vez por mi estupidez. Y solo de pensar que te puedo perder de nuevo, el corazón se me para. —Se llevó una mano al pecho, acongojado. Mackenzie no quería interrumpirle, pero no pudo contener sus lágrimas—. Tengo un pasado lleno de mujeres, me he acostado con casi medio instituto y no quiero que ese pasado me separe de ti. No lo soportaría. Ahora que te he recuperado, me siento vivo de nuevo. Y quizás sea un egoísta por querer mantenerte a mi lado, pero es lo que siento. Quiero ser tu amigo, tu amante y tu compañero en la vida para siempre. No me conformo con menos. Odiaría que esas zorras, como tú las llamaste una vez, te coman la cabeza. Y eso sin contar que tengo la confianza en mí mismo del tamaño de una mota de polvo. De un momento a otro la joderé y volveré a engañarte. Entonces cavaré mi propia tumba y me enterraré vivo. Porque sin ti, no sabría seguir.

—Jayden, tú eres más que solo un pasado de libertinaje. Yo no soy nadie para juzgar qué hiciste o dejaste de hacer con otras mujeres. De hecho, te acostaste con quien quisiste intentando vivir la vida. Mi pasado es demasiado turbio y, sin embargo, aquí estás. Lo de tu error, fue solo eso, un error. Éramos unos críos. Deberías dejar de castigarte por ello. Te he perdonado, te perdoné hace mucho tiempo.

—Nunca he tenido tanto miedo como ahora… —Él seguía llorando, y Mackenzie también. Verlo así le partía el alma en dos.

—Hagamos una cosa. —Levantó el dedo meñique—. Prometamos que, pase lo que pase, nunca nos vamos a separar. Lo nuestro nunca va a morir y la amistad que nos une jamás se romperá.

Jayden sonrió con ternura al ver ese gesto de su parte.

—La última vez que te prometí algo no lo cumplí.

—Eso no es cierto. De hecho, has hecho algo mucho mejor. Me has rescatado de una situación de la que nunca creí posible salir.

Una vez, cuando eran pequeños, Jacob estaba molestando a Mackenzie. No solo ella y Jayden

se conocían de la infancia. Ese intento de ser humano, Tessa y los demás “amigos” siempre fueron inseparables. Y Jacob no paraba de ser un grano en el culo. Tiraba del pelo a la Muñeca un día que estaban jugando en el parque. Jayden la defendió y le sacó el dedo meñique y le prometió que siempre la protegería.

Él sonrió ante el recuerdo. Y aunque no confiara en sí mismo, intentaría confiar en esa mujer a la que amaba y a la que debía haber amado en el pasado. Y también en la amistad que habían recuperado.

—Está bien. Prometo que nunca vamos a separarnos. —Jayden unió su meñique con el de ella.

Sonrieron y, para sellar la promesa al completo, se besaron con amor. Después, Jayden la colocó en su regazo. La abrazó y dejó la cabeza descansando en su precioso escote. Mackenzie le acariciaba la espalda y le daba pequeños besos en la cabeza. Disfrutaban el uno del otro en esa pequeña plazoleta y de la cálida brisa de verano.

—Oye, ¿vives muy lejos de aquí? —preguntó ella, pensando en que Hillary había ido allí a esperar a Jayden.

—Depende. En coche se tarda unos diez minutos. Andando media hora o un poco más. ¿Por qué?

—Me gustaría ver tu casa. Y darle en los morros a alguien, por haberte hecho llorar.

—¿A quién, a Hillary?

—Sí. Me dijo que te comunicara que iba a esperarte en tu apartamento. Si me ve aparecer allí contigo, quizás se le quiten las ganas de molestar. Además, me encantaría ver su cara después de darse cuenta de que te ha esperado sentada en una escalera para nada.

Jayden se rio a carcajadas.

—Qué vengativa.

—Eso lo que hay. —Se encogió de hombros—. El que le hace daño a las personas a las que amo, lo pagan.

—De acuerdo. Aunque lo de la escalera no va a poder ser. Mi piso no se abre con una llave común y corriente, solo cuando no hay luz. Tengo llave electrónica y puedo abrirle la puerta desde aquí. El portero me ha mandado un mensaje avisándome de que había llegado en un taxi. No quería dejarla toda la noche en la calle. Así que le abrí. Lo siento, Muñeca.

—No te preocupes. Me conformo con que nos vea juntos. —Mackenzie se levantó de su regazo y le tendió la mano—. Vamos dando un paseo, que hace una noche muy linda.

—¿Y los tacones? —Le señaló los zapatos.

—Ando descalza si me molestan o me llevas en brazos. —Le guiñó un ojo—. Vuelvo enseguida, voy por mi bolso y les digo a los demás que nos vamos.

—De acuerdo. Te amo, no lo olvides. —Jayden sonrió.

—Yo a ti más, mi Muñequito.

---

Llevaban tan solo diez minutos andando cuando un chico de unos quince años apareció de la nada, con una navaja. Al pobre no le dio tiempo a pedirles dinero o lo que fuera que quisiera, porque Jayden lo desarmó en segundos. Se acercó al muchacho, pero Mackenzie vio detrás de él a una niña pequeña que los miraba a los tres con algo de miedo y curiosidad.

—Espera, Jayden. —Señaló a la pequeña.

—No nos hagáis daño, por favor. Solo tenemos hambre —pidió el adolescente.

—¿Y por qué no vas pidiendo comida en vez de sacarme una navaja en las narices, tío? —

preguntó Jayden, enfadado.

—No sé. Es la primera vez que hago esto.

—Hola, pequeña. —Mackenzie se agachó para observar a la niña que se había pegado al pantalón del chico. Tenían cierto parecido, serían hermanos—. ¿Cómo te llamas?

—Ma-Mackenzie —respondió tímida.

—¿De verdad? —La Muñeca esbozó una sonrisa—. Yo también. Ven conmigo, no tengas miedo. —La pequeña se acercó y ella la cogió en brazos—. ¿Y él quién es, tu hermano?

—Sí, se llama Dave.

—Muy bien, Dave. Explícanos que haces a las 3:00 de la mañana en la calle y con tu hermana pequeña —pidió Jayden, con tono poco amable.

La cara del chico se volvió de sorpresa al mirar a la pareja más detenidamente.

—Yo os conozco… ¿Podríais ayudarme, por favor? Es que… mi madre no puede pagar el alquiler y cada semana nuestro casero viene a cobrárselo de otra forma. Y siempre nos saca de allí. Llevamos en la calle desde las 00:00 y ya hace horas que cenamos.

—¿De qué forma viene a cobrárselo? —preguntó Mackenzie, tensa y sabiendo perfectamente qué le iba a contestar.

—Creo que tú, mejor que nadie, sabes como —respondió el muchacho, agachando la cabeza.

—Jayden, para un taxi. Vamos a ayudarles. —Lo miró a los ojos, suplicándole.

Pero no hacía falta ninguna súplica, había pensado exactamente lo mismo que ella. Salvar a una pobre mujer de las garras de un degenerado no iba a solucionar el mundo, sin embargo, si se presentaba la oportunidad de ayudar a alguien, sin dudarlo lo haría. Además, a Mackenzie le afectaba escuchar que alguien se encontraba en una situación parecida o igual a la que vivió ella.

Jayden paró el primer taxi libre que vio. Por suerte, los chicos vivían en el barrio de al lado.

No era un lugar marginado, pero se notaba la diferencia de clases entre donde se encontraba la discoteca y sus alrededores y el sitio en el que residían esos pobres muchachos.

—No tengo llaves, ¿cómo entramos? —preguntó Dave.

Jayden miró el pelo de la pequeña Mackenzie, que dormía en brazos de la Muñeca. Con cuidado, le tomó prestadas dos horquillas sin despertarla. Y forzó la cerradura.

Al entrar en el pequeño apartamento, se escuchaba un gemido lastimero lejano, que venía de una habitación. El exagente buscó algo en la pequeña cocina antes de ir a socorrer a la madre de los chicos. Cogió una sartén grande.

Mackenzie dejó a la niña en el sofá y le indicó al hermano que se quedara con ella. La pareja fue hacía la habitación de donde venían los ruidos y lo que encontraron los enfureció.

Un tipo con barriga cervecera y todo sudoroso forzaba a una chica a que le practicara una felación. Al parecer, Rhonda, así se llamaba estaba teniendo problemas para encontrarle el sexo entre tanta masa de carne. Y seguramente sería del tamaño de un dedo meñique.

La Muñeca hizo el amago de acercarse para quitar a esa mole de en medio, pero Jayden se le adelantó. Le pegó un sartenazo en el hombro, porque si le daba en la cabeza lo dejaría inconsciente y quería que estuviera en sus plenos cabales mientras le propinaba una paliza.

—¿Qué cojones? —El desgraciado trastabilló y miró a Jayden con rabia.

Tenía intención de darle un puñetazo, pero lo esquivó y le soltó un codazo en la boca del estómago. El gordo cayó al suelo. Jayden lo movió para que se quedara boca arriba y le pisó el rabito con el pie. Aulló de dolor.

Mackenzie aprovechó para acercarse a Rhonda y la cubrió con una sábana. La pobre se sentía desorientada, se le veía en la mirada.

—Mackenzie Hill… —consiguió decir.

—Tranquila, ya estás a salvo —le respondió.

—Levanta, bola de grasa y mierda —el exagente de la CIA le dio una patada en el costado—, y vístete, que no quiero ver tus mini pelotas nunca más en mi vida.

«Dios, como amo a este hombre», pensó Mackenzie.

Después, cuando el tipo consiguió vestirse, salieron al salón. Jayden hizo que se sentara en el sofá, previamente mandó a Dave y a su hermana a otra estancia y tecleó algo en su teléfono móvil. Mientras, Mackenzie acompañó a Rhonda a que se diera una ducha.

—No sé quién te crees que eres, pijo de mierda, pero esto no se va a quedar así —amenazó.

—Soy Jayden, exagente de la CIA y cuando alguien toca a una mujer sin su permiso, me puedo convertir en tu peor pesadilla. Así que más vale que cierres el pico y esperes.

Unos minutos después, aparecieron unos tipos que se llevaron al desgraciado. Colegas de Jayden, exagentes también de la CIA, que trabajaban ahora para Sullivan's Security. Y se llevaban muy bien con él. Así que no dudaron en hacerle el favor de encargarse de ese tipejo.

En ese momento, Mackenzie trajo a Rhonda y la vio antes de que lo sacaran de la casa.

—¡Esta me la pagas, puta de mierda. No sabes con quien te has metido! —amenazó antes de que uno de los agentes le tapara la boca con cinta americana.

—Mamá, ¿te encuentras bien? —preguntó Dave, que salió del cuarto de su hermana. Ella se encontraba dormida.

—Sí, cariño. —Abrazó a su hijo—. Gracias por la ayuda.

—¿Te importa que use la cocina? —preguntó Jayden, amablemente.

Las penas con el estómago lleno, eran menos penas. Además, los chicos tenían hambre.

—No, por supuesto que no.

—Dave, enséñame donde puedo encontrar las cosas.

—A ver, cariño, ¿cómo has acabado en esta situación? —preguntó Mackenzie, con dulzura—. Cuéntame ahora que estás más tranquila.

—Trabajaba para una empresa de limpieza que se encargaba de unos edificios de oficinas del barrio de aquí al lado. Un día estaba en el despacho del CEO, terminado con el baño, y se presentó allí, al parecer se le había olvidado algo. Y bueno, fue un flechazo. Yo tenía tan solo dieciocho años por aquel entonces. Me quedé embarazada de Dave a las semanas de nuestro romance prohibido. —Suspiró, acongojada—. Seguimos con la relación, me ayudaba económicamente con el crío y nos visitaba a menudo. Estaba muy contento por ser padre, porque su mujer nunca pudo darle hijos. Todo iba de maravilla hasta que me quedé embarazada de Mackenzie. La mujer se enteró porque quiso dejarla para estar únicamente conmigo y puso el grito en el cielo. Después él murió en extrañas circunstancias. Me quedé sin el apoyo económico, sin el amor de mi vida y sin trabajo, porque esa arpía hizo que me echaran de la empresa de limpieza. He estado trabajando aquí y allá hasta hace unos meses. No podía pagar el alquiler y no quería verme en la calle con dos niños. Así que accedí a ser el juguete del casero para que nos dejara vivir aquí. Y eso es todo. —Se encogió de hombros y se echó a llorar.

—Tranquila, preciosa. —Mackenzie la abrazó—. Ya pasó todo.

—Qué voy a hacer ahora…

—Nosotros te ayudaremos a encontrar un trabajo —dijo Jayden, mientras ponía un poco de picoteo en una pequeña mesa de café—. Si tienes experiencia en limpieza, quizás puedas entrar a la empresa que limpia las oficinas de Sullivan's Security, la compañía de mis padres. Y también investigaré esa muerte en extrañas circunstancias.

—¿Haríais eso por mí? Si no me conocéis de nada…

—Eso no importa. Tampoco nos conoces a nosotros y aquí estamos, como si fuera nuestra

casa —respondió Mack—. Por mucho que hayamos salido en la televisión.

—¿Y dónde vamos a vivir? No sé que pasará con este apartamento ahora que…

—Lo que tienes que hacer ahora es dejar de preocuparte y descansar. —Mackenzie vio un bolígrafo y un papel. Apuntó el número de teléfono de Jayden y el suyo—. Cualquier cosa que necesites, no dudes en llamarnos. Y por supuesto, de la vivienda y el trabajo, nos encargamos nosotros.

—Muchísimas gracias, no sé qué decir.

—No hay de qué. —Jayden sonrió—. Os dejamos para que descaséis. Y tú, pequeño delincuente —señaló a Dave—, que sea la ultima vez que sales con una navaja. —El chico asintió.

—Cuidaros mucho, ¿vale? —Mackenzie abrazó a Rhonda—. Dale un beso a mi tocaya de mi parte.

—Un día me tienes contar cómo se puede olvidar todo el daño que hombres detestables son capaces de hacerte por creerse con derecho sobre tu cuerpo.

—Lo primero que tienes que asumir es que jamás vas a olvidar lo que te hicieron. Después podrás aprender a vivir con ello. —Mackenzie sonrió—. Buenas noches.

—Buenas noches.

La pareja salió por la puerta y él pidió un taxi para poder ir por fin a su apartamento.

---

—Voy a pecar de creída, pero ese sofá —lo señaló con el dedo—, tiene el color de mis ojos.

El apartamento de Jayden era muy similar al de Emma. Los amigos tenían los mismos gustos en cuanto a decoración y colores. Lo que destacaba en el de él era ese sofá *chaise longue* de piel. Del color de ojos de Mackenzie.

—No eres creída. Lo compré porque al verlo me recordó a ti.

—¿En serio? —Mackenzie se acercó y se sentó para comprobar la comodidad.

—Sí. Fue poco después de cenar con mis padres. —Se rascó la nuca y bajó la cabeza—. El día que…

—El día que duraste poco —conluyó ella, con una sonrisa dulce. Le tendió la mano—. Ven, siéntate conmigo. —Él obedeció, pero no conseguía mirarla a la cara. De manera suave, Mackenzie le alzó la barbilla con la mano—. Ya hablamos de esto, fue una noche increíble.

—Lo sé, Muñeca. Para mí también lo fue, de verdad, el único problema es que todavía me afecta lo que vi después de ese día. Ojalá pudiera borrar todo lo que te hicieron.

—Eso es imposible, pero hiciste algo muchísimo mejor. —Mackenzie se acercó a él, con sonrisa de enamorada, le colocó la mano en la mejilla. Jayden se restregó contra ella, buscando caricias—. Me salvaste, me cuidaste, me devolviste la confianza en mí misma, confiaste en mí en el ámbito sexual, a sabiendas que podía hacerte daño por culpa de mis monstruos y mis miedos, te enamoraste de mí… Y creo que todavía te queda mucho más por hacer. Así que, no debes preocuparte por todo el dolor que me causaron, recuerda que, aunque no sea para agradecerlo, gracias a él estamos aquí. Juntos.

—A ver, ¿cómo puede ser posible que siempre sepas qué decir y en qué momento? ¿No eras la que no pensaba y se movía siempre por impulsos? —se burló, con una sonrisa.

—Idiota. —Mackenzie le dio un pequeño empujón—. Odio verte triste. Eres el hombre de la eterna sonrisa, de las eternas bromas, el que animas a los demás. No sé, me encantaría verte así siempre. Aunque estando triste me da a mí posibilidad de consolarte y consolarte me encanta.

—¿Y cómo me vas a consolar? —Jayden levantó las cejas repetidas veces. Eso provocó en Mackenzie unas carcajadas.

—¿Qué tal así? —Le plantó un beso en los morros muy apasionado.

Jayden gimió y se perdió en sus mullidos labios y en su lengua. Pasados unos minutos, escucharon un carraspeo. Se separaron y vieron a Hillary al pie de la escalera.

—Así que vais en serio, ¿no? —Los dos asintieron—. La verdad es que me desinflé cuando vi el sofá, pero bueno. Tú cama es muy cómoda, Jayden. Me ha venido bien para un sueñecito.

—Me alegro.

—En fin, me marcho.

—Espera, ¿te preparo un café o algo de desayunar?

—¿Ya es hora de desayunar? —Mackenzie miró su Apple Watch y vio que eran las 7:00. Al fijarse por la ventana, vio que ya había amanecido. Estaba tan cansada que ni siquiera se percató de nada cuando viajaban en el taxi. Habían pasado muchas horas en casa Rhonda—. Vaya nochecita.

—No te preocupes, desayunaré en mi casa. Se ve que necesitáis "descansar". —La pareja se rio y Hillary se encaminó a la puerta—. Por cierto, en las bodas se liga mucho, invitadme a la vuestra. Adiós.

—Adiós —respondieron los dos al unísono y ella se marchó, cerrando la puerta tras de sí.

Jayden casi se muere cuando su antigua compañera de instituto pronunció la palabra boda. Por suerte, su formación como agente especial le servía para disimular. Días después de que Mackenzie saliera del hospital, le compró un anillo de compromiso. Todavía no pensaba dárselo, quería esperar un momento perfecto. Esa pedida de mano debía ser especial.

—¿Qué quieres hacer? ¿Dormimos un poco aquí o vamos a tu casa? A mis padres no les importará quedarse más tiempo con Michael —preguntó Jayden—. Les puedo enviar un mensaje ahora para avisarles.

Como Mackenzie no quería darle la responsabilidad a su hermano Yuki de cuidar a Michael, Jayden sugirió llamar a Ava y Mason. Ellos aceptaron encantados, además que habían adoptado al pequeño como nieto sin dudarlo ni un momento.

—Nos quedamos —contestó, con sonrisa maliciosa.

Él se había portado como un héroe en casa de Rhonda. En ese momento lo miró con amor y adoración, pero ahora que el asunto se había enfriado, como buena ama que era, debía recompensar muy bien a su mascota.

—Genial. —La cogió en volandas—. Entonces te voy a presentar mi cama. —Se encaminó hacia la escalera, pero se detuvo en seco por un pensamiento que le cruzó la cabeza. En ese colchón habían "dormido" bastantes mujeres. Sin ir más lejos, una de las que se había convertido en la mejor amiga de Mackenzie, Emma—. El sofá es cómodo, ¿no prefieres quedarte ahí?

—Huelo desde aquí tus pensamientos, Muñequito. Deja de preocuparte, me voy a restregar tanto entre tus sábanas que voy a borrar cualquier rastro femenino que encuentre a mi paso. —Le guiñó un ojo.

—Vale, enana. Pero cuidado, no te me vayas a perder entre los pliegues de la tela. Cualquiera te encuentra después.

—Eres un idiota. —Le dio un buen bocado en el cuello.

Jayden, entre risas, la llevó al piso de arriba. La dejó en el vestidor, para que cogiera alguna de sus camisetas mientras él vistaba el baño. Después se encaminó a la cama, en calzoncillos y se tumbó boca arriba.

Mackenzie lo observó, ella estaba como Dios la trajo al mundo. Y con un cinturón en la mano.

Nada más ver el accesorio, se le pasaron mil formas placenteras de hacerlo gozar.

Se subió a la cama y le pasó el cinturón por debajo del cuello. Él abrió los ojos y la miró, curioso. Cuando lo cerró y tiró, le levantó la cabeza de la almohada. Lo besó de manera apasionada, mientras le cortaba un poco la respiración.

—¿Necesito un castigo por algo?

—Por supuesto que no —le lamió los labios con sensualidad—, esto es un premio.

Mackenzie soltó un momento el cinturón para deshacerte del bóxer que cubría la erección incipiente del Muñeco. Después se colocó encima de su cara, mirando a ese maravilloso miembro palpitante. Y agarró el cinturón y tiró.

—Lo único que quiero que muevas es la lengua y la boca para comerme.

Obedeció, emitiendo un gruñido super *sexy* al probar el sabor de la mujer que lo volvía loco. Ella también enloqueció porque sabía mover la lengua a las mil maravillas.

Mackenzie se inclinó un poco y alcanzó esa maravillosa polla con la mano. Previamente se la humedeció con saliva para que se deslizará muy bien por la punta, el tronco, la base y sus testículos. De vez en cuando, tiraba del cinturón con el que le cortaba la respiración a Jayden y disfrutaba con los ruiditos que el Muñeco hacía cada vez que recibía un tirón.

Y él se estaba volviendo loco. Debía concentrarse en lamer ese delicioso coño respirando a medias y también controlar la eyaculación porque, aunque Mackenzie no se lo hubiera dicho, sabía perfectamente que ella quería que aguantara. Así que, por obligación tenía que esperar a que diera la orden para liberarse.

—Dios mío, Muñeco —susurró, a media voz, mientras tiraba fuerte del cinturón cuando se estaba corriendo.

Lo empapó entero, pero gustoso recibió ese elixir que lo devolvía a la vida. Hasta se olvidó de que apenas podía respirar de lo deliciosa que era. Lo que no se iba de su cabeza era que tenía las pelotas a punto de reventar.

Mackenzie lo notaba en sus caricias. Se inclinó más para internar un dedo en su ano. Que por la saliva que tenía en la mano, le resultó muy fácil. Al tocarle el punto g, él le mordió el clítoris sin pensar.

—¡DIOS, DIOS, DIOS! —chilló Mackenzie, a causa del placer—. ¡ME CORRO, ME CORRO, ME CORRO! ¡ACOMPAÑAMÉ!

Sacó el dedo de su culo y le masturbó rápido la polla. Se corrieron al unísono.

El semen le manchó la mano, le salpicó en la cara y también pintó el vientre de él. Mackenzie se desplomó, soltando el cinturón. Jayden tomó una bocanada de aire y tosió hacia el sexo de ella, estremeciéndola. Se encontraba bastante sensible. Sin embargo, no podía quedarse así, tenía que atender a su mascota.

A duras penas, se levantó, toda temblorosa. Se dirigió al baño y agarró una toalla que mojó en agua tibia. Se limpió la semilla de Jayden y luego se dirigió a cuidarle. Primero le retiró el cinturón y vio una bonita marca roja que le provocó una sonrisa. Le pasó la toalla para aliviar el escozor y luego lo limpió minuciosamente. Al acabar, se tumbó a su lado y lo abrazó.

Él la miró, con ojos cansados, saciado y con un amor que traspasaba límites insospechados.

—Te amo con todo mi corazón —confesó, antes de cerrar los ojos.

—Yo te amo más, mi Muñeco —respondió ella.

Poco tiempo después, los dos cayeron en los brazos de Morfeo y se quedaron dormidos.

---

Pasadas unas horas, Jayden se despertó porque necesitaba visitar el baño. Tapó a Mackenzie con la sábana y echó un poco las cortinas porque entraba mucho sol, aunque ella parecía no percatarse de la luz que se filtraba. Estaría muy cansada.

Cuando entró al servicio y se miró en el espejo, echó una carcajada. Su cuello había adquirido un bonito collar de color morado que lo acompañaría durante unos días. Lo pensaba lucir con orgullo. Recogió su iPhone que seguía en su pantalón y volvió delante del espejo. Se tomó una foto en la que se veía su torso desnudo y con la cabeza daleada, para mostrar bien la marca. La subió a Instagram.

Alguien me ha hecho un regalo, ¿a qué es precioso?

Escribió de título. Los comentarios de sus amigos no tardaron en sucederse.

**@emma.miller** Mmmmmmmmmm, qué sexy…
**@mika.moore_writer** ¿cómo se puede estar tan bueno?
**@clarkkk.liam** tío, envidia de abdominales, regala a los pobres
Respuesta de **@maddie-jones** mi vida, tú estás más bueno que este. Pero sí, esa tableta de chocolate me la comía enterita. ÑAM.
**@james_reid** ay, querido, te borraba ese collar a lametazos. Grrrr…
Respuesta de **@doll.mack.hill** más quisieras, putón verbenero

Jayden se rio a carcajadas y en ese momento Mackenzie apareció en el baño completamente desnuda. La agarró de la cintura y le tapó los pechos con el brazo. Mientras le besaba la cabeza, tomó otra foto donde aparecían los dos. Ella sonreía al espejo. Subió la foto también a Instagram. La acompañó de la canción *Back to you* de Lost Frecuencies, Elley Duhé y X Ambassadors. Y por supuesto la etiquetó.

La autora del regalo. Aunque el mejor regalo que me ha podido hacer es que me ame tanto como yo la amo a ella .

Después hicieron el amor apasionadamente sobre el lavabo antes de prepararse para regresar a la casa de Mackenzie.

---

*6 meses después. Nochebuena.*

La semana anterior fue el cumpleaños de Elijah, pero como los padres de Mika no pudieron asistir a la fiesta, quisieron que la pareja pasara las Navidades con ellos para poder festejarlo de nuevo y celebrar la Nochebuena también. Como Emma y Michael iban a pasar las fiestas con Mackenzie, Yuki, el pequeño Michael, Jayden y los padres de este, Erica y Dominik extendieron la invitación a los demás, incluso iban a dormir allí. Los Moore y los Sullivan no se conocían, pero Emma los citó a los cuatro para que se conocieran antes de las fiestas y al parecer se llevaron muy bien.

Mackenzie se sentía nerviosa mientras se decidía a llamar al timbre de sus antiguos exsuegros. No los había visto desde poco antes de que el escritor descubriera que no era el padre de su hijo. Ella había visto a Erica en la editorial algunas veces cuando su identidad era Cassandra, pero no cruzaron palabra alguna. Ni siquiera una mirada. A pesar de que siempre se llevó bien con el matrimonio, no se perdonaba haber contribuido con ellos a hacerle daño a Mika con esa

toxicidad paternal que en aquel entonces tenían hacía su hijo. Además de haberles hecho creer que el pequeño Michael era su nieto.

—*Onēsan* (hermana mayor), hace frío —se quejó Yuki, mirando a su alrededor.

La nieve cubría las calles y las casas.

—Sí, lo siento. —Tocó el timbre.

—Tranquila, Muñeca, todo saldrá bien.

—Mami *tliste*. —Michael, que se encontraba en sus brazos, hizo un puchero.

—No, mi vida, mami no está triste. —Mackenzie sonrió y le dio un beso en la mejilla.

En ese momento, Erica abrió la puerta. Se la veía radiante, y no tan estirada como solía ser. Según le contó Michael, desde que se reconcilió con sus padres, los susodichos se habían soltado mucho. Y la señora Moore más, desde que dio rienda suelta a su pasión por la escritura. No había dejado las finanzas, ni mucho menos, pero podía perfectamente compaginar su trabajo con su *hobbie*.

—Eri, Eri, Eri… —empezó a decir Jayden, repasando con la mirada a la anfitriona—. Cómo me gustaría tener unos años más, bombón.

—¿Unos años más? —Erica puso los brazos en jarras—. ¿Soy demasiado mayor para ti o qué?

—Por supuesto que no, preciosa. —Le pasó el brazo por los hombros—. Es que ya estoy pillado. —Señaló con la cabeza a Mackenzie, que sonrió.

—Eres un zalamero de cuidado. —Erica lo besó en la mejilla y le dio un pequeño abrazo—. Igualito que tu padre.

—La calidad abunda.

—Anda, pasad, que hace frío. —Extendió los brazos hacia el pequeño Michael cuando se cerró la puerta tras de Yuki—. ¿Y este niño tan bonito? ¿Te vienes con la abuela Erica?

—¿Abuela? —preguntó Michael, como esa vocecita angelical que volvía loca a su madre.

—Sí, ve con ella —instó Mackenzie.

Erica lo cogió y le regó la carita de besos. La Muñeca se derritió. Que quisieran tanto a su hijo le calentaba el corazón.

—Muchas gracias por la invitación, Erica —agradeció Mackenzie, algo nerviosa.

—No hay de qué. ¿Y este chico tan guapetón? —Erica miró hacia Yuki, que estaba muy sonriente.

—Hola. Encantado, soy Yuki.

—Igualmente, tesoro. —Se besaron en la mejilla—. Vamos a la cocina con Dominik, Mackenzie. Jayden y Yuki pueden soltar las cosas en una de las habitaciones de invitados. La puerta está abierta, no tiene pérdida.

Se encaminaron cada uno para su lado y el nerviosismo de la Muñeca aumentó cuando vio a su exsuegro de espaldas a ellos. Quería saludarlo, pero no sabía cómo. Menos mal que Erica se adelantó.

—Mira quien ha llegado, Dom.

Él se giró y sonrió de oreja a oreja.

—Hola, Michael. Dale un beso al abuelo. —Le puso la mejilla y el pequeño lo besó. Dominik le revolvió el pelo y luego miró a Mackenzie—. ¿Qué tal, preciosa?

—Bi-bien, bien. —Respiró hondo—. Creo que os debo una disculpa enorme y no sé por dónde empezar.

—No digas tonterías, mujer. —Erica le restó importancia con el gesto de una mano—. Hiciste lo que hiciste porque no tenías más remedio. Michael nos lo explicó y nos alegramos mucho de que por fin puedas ser libre de todo ese infierno.

—Exacto. Eres parte de la familia desde hace mucho tiempo y seguirá siendo así. Lo único que importa es que estés bien.

Mackenzie sonrió.

—Pues sí, estoy de maravilla. Tengo todo lo que una vez quise y que estaba completamente segura de que jamás iba a tener.

—Pues brindemos por eso. —Erica sentó a Michael en la isla de la cocina e indicó a Mackenzie que se sentara en un taburete. Y sirvió vino—. Por los nuevos comienzos.

—Por los nuevos comienzos —repitieron Dominik y Mackenzie.

Cuando Yuki y Jayden volvieron de dejar sus pertenencias, estuvieron charlando amenamente. Mackenzie contó sobre la casa nueva que había comprado a lado de Emma y Michael. Yuki habló sobre lo que tenía planeado con Fetiches, de hecho las reformas iban viento en popa. Y Jayden estaba encantando con su nuevo trabajo en la empresa de sus padres. El matrimonio también habló sobre su vida y lo contentos que estaban con la asesoría, Erica con la escritura y lo que querían a su hijo, a su nieto y lo que adoraban a Emma.

Unos minutos después, escucharon unos ladridos y Elijah, Kenny y Lenny aparecieron en la cocina. El pequeño Michael gritó el nombre de su amiguito. Mackenzie lo bajó de la isla y los niños se abrazaron fuerte. No pudo evitar tomarles una foto. Recogió todo un repertorio de capturas en su teléfono móvil cuando Jayden y Yuki se sentaron en el suelo a jugar con ellos y los perros.

—Oye, cariño, ¿y papá y mamá? —preguntó Erica, agachándose para besar a su nieto de manera efusiva.

Elijah señaló con el dedito hacia arriba. La abuela se dirigió a buscar a su hijo y nuera. Minutos después, empezaron a escucharse unos gritos y risas.

Emma y Michael aparecieron en la cocina con cara de pillos.

—Os lo advierto, en mi casa nada de cochinadas a no ser que me vayáis a dar otro nieto, eh. —Erica los señaló con el dedo.

—Mamá, por Dios, solo nos estábamos besando —se excusó Mika.

—Claro, claro. Ya os lo avisé.

—Déjalos, mujer, que disfruten del amor —intervino Dominik.

—Tu esposa es un poco estirada. —Emma agarró a su suegro de la cintura y le dio un beso en la mejilla.

—¡Pero bueno! —exclamó Erica.

Emma se rio y le dio un abrazo. Después saludó a los demás. Y por último fue a molestar a Jayden. Al parecer, era una tradición para los dos. Aparte de tirarse comida y bebida. Ya lo comprobó Mackenzie la Navidad que pasaron en el apartamento de su amiga. Acabaron todos pegajosos de vino. Fue bastante divertido. Limpiar luego no tanto.

—Ya empiezan estos. —Mackenzie volteó los ojos—. Os vais a quedar sin casa —le dijo a Erica y Dominik.

—No te preocupes, ya nos avisó Michael —comunicó Erica.

—¡Qué haces, loca! —Jayden se frotaba el brazo—. ¡Me has mordido!

—*Shi*, es que tengo hambre. —Emma se relamió los labios.

—Te vas a cagar. —Se colocó sobre ella y empezó a hacerle cosquillas—. Michael, Elijah, necesito ayuda.

Los pequeños, entre risas, se acercaron también a hacerle cosquillas a la rubia.

En ese mismo instante, Ava y Mason aparecieron en la cocina. Seguramente la puerta se encontraba abierta. Pero Mackenzie se quedó de piedra al ver a la anciana que los seguía cuando

los Sullivan se acercaron a saludar a los Moore.

Esa señora delgada; vestida de negro; con el pelo canoso corto y de punta; con maquillaje pronunciado; y un bastón que la ayudaba a caminar mejor; era la abuela de Jayden. Ariana, la madre de Ava. Alguien a quien la Muñeca no esperaba ver, dado que vivía en Italia. Ella perdió a su marido, el padre de Ava, siendo Jayden un bebé. Años después conoció a su segundo marido, un importante empresario italiano. Se enamoraron y se fue a vivir con él a la Toscana. Y a la pobre le tocó vivir de nuevo la pérdida de un gran amor. Aunque, según le contó Jayden, ella no se centraba en la muerte. Solo recordaba los momentos tan maravillosos que pasó con los dos hombres.

Ariana le sonrió a Mackenzie y ella se emocionó. Cuando la relación con Jayden se terminó, perdió el contacto con esa mujer. Y le dolió en el alma. La quería muchísimo, como si fuera su propia abuela. Había pasado de pequeña varios veranos allí en la Toscana, también Navidades e incluso aquí en los Estados Unidos cuando viajaba con su marido.

—¿Nana? —preguntó Jayden.

—¡NANA! —gritó Emma al mismo tiempo que él y corrieron a abrazarla.

Emma, como la poca familia que le quedaba era algo fría, cuando perdió a sus padres casi siempre pasaba las fechas señaladas o con Liam y Madison o con Jayden. Y claro, este la llevó a conocer a su abuela y Ariana la acogió como una nieta más. Dado que ya no contaba con abuelos, la pobre también los perdió muy pronto. Menos mal que pudo encontrar una familia que la amara aunque no llevaran su sangre y así no se sentía tan sola en el mundo.

—Mis niños preciosos, cómo os he echado de menos.

Los dos la abrazaban y le besaban las mejillas sin dejarla respirar, pero ella estaba encantada. También hacia mucho tiempo que no la veían.

—Nana, qué sorpresa. —Jayden la estrujaba de manera dulce con sus músculos.

—Cuando tu madre me dijo que pasaríais las Navidades con Mackenzie no me pude resistir a coger el primer vuelo que encontré —explicó Ariana—. ¿Me dejáis que la salude?

La Muñeca se levantó del taburete y se acercó con lágrimas en los ojos.

—Nana…

—Ven a mis brazos, *la mia bella ragazza*. —Mackenzie no se lo pensó dos veces, la achuchó con todas sus fuerzas—. Mi niña, siento no haber contactado contigo antes. Pensé que necesitabas un tiempo para aclimatarte a tu nueva vida y decidí dejarte algo de espacio. Pero ya no me pude resistir más.

—No pasa nada, Nana, estoy encantada de que estés aquí. —Mackenzie se separó, aunque no le soltó las manos—. Estás guapísima.

—La mujeres mejoramos con la edad. —Ariana le guiñó el ojo—. ¿Me presentas a mi nuevo nieto y a mi otro bisnieto? —Nana, aunque no conocía a Elijah en persona, lo conoció por videollamada y lo quería como si fuera de su sangre, al igual que con la madre. Por eso lo había acogido como bisnieto.

—Sí, por supuesto. —Mackenzie instó a Yuki a que se acercara con Michael—. *Otōto* (hermano pequeño), ella es una de las mujeres más maravillosa el mundo, Ariana.

—Si Ava es maravillosa, a alguien tendría que salir. —Yuki sonrió.

—¡Qué encanto! Ven que te abrace, hombrecito. —Ariana lo achuchó y Yuki le devolvió el abrazo.

—Vaya por Dios, algunos deberían de aprender de los jóvenes. —Ava miró a Mason.

—Después me llamas pegajoso. —Se quejó Mason—. A mí a romántico no me gana nadie.

—Tu hijo te gana —comentó Mackenzie, mientras que cargaba a Michael en los brazos.

—Enana, Jayden lo ha aprendido todo del maestro.

—A ver si cuidamos mejor a la esposa —pinchó Jayden, abrazando a su madre.

—Te aseguro que no tiene ninguna queja del marido que tiene. —Mason también achuchó a Ava.

Ella sonreía por tener a esos hombretones amándola tanto.

—Ay, la testosterona —dijo Mackenzie—. Nana, aquí está el niño de mis ojos.

—Hola, *picollo*. —Ariana extendió los brazos para cogerlo.

—¿Puedes? Pesa, eh —advirtió Mack.

—Sí, no te preocupes. Mis brazos y mi espalda están muy bien, por suerte. Las rodillas son lo que me fallan a veces. —Señaló el bastón apoyado en la isla de la cocina. Entonces cogió al pequeño y le dio un beso en la mejilla. Michael jugó con el pelo de punta de Ariana—. Mi niña, ¿los tres estáis bien? ¿Necesitáis algo?

—Lo que tenemos es más de lo que esperábamos, estamos muy bien. Y lo que necesitábamos, ya nos lo estáis dando —respondió Mackenzie, con una enorme sonrisa.

—¿Y mi nieto, cómo te trata? —Ariana miró de reojo a Jayden.

—Pues muy bien, como de costumbre. Jayden no me trató nunca mal. ¿Por qué lo preguntas?

—Creo que sabes por qué.

Mackenzie miró a Jayden y cayó en la cuenta. Se refería a la infidelidad.

—No te preocupes, Nana. Eso es cosa del pasado y de una sola vez. Un error tonto que no va a volver a ocurrir. ¿Verdad, Muñeco? —le preguntó, él tomaba un sorbo de vino.

Se encogió de hombros.

—Prefiero no responder a algo de lo que no estoy seguro.

En cuanto terminó la frase, Emma le tiró el contenido de su copa en la cara. El jersey blanco que llevaba se tiñó de burdeos.

—¿No te enteras todavía de que todos confiamos en ti? ¡Eres muy cansino! —le exclamó Emma, con expresión enfadada.

Jayden se quitó el jersey y contó hasta tres. Luego salió corriendo detrás de su amiga. Los dos empezaron a reír y gritar. Los pequeños y los perros los siguieron y se pusieron a jugar los cuatro.

—No cambian. —Ariana negó con la cabeza, riendo—. Con tanta charla, ni me presente a los anfitriones.

—No te preocupes, Ariana. —Erica le dio un beso en la mejilla y Dominik también.

—Encantado, Nana. Si es que te puedo llamar así. Emma me ha hablado tanto de ti, que hasta siento que eres mi abuela también. —Michael le dio un pequeño abrazo.

—Puedes llamarme como quieras, hermoso. Con la condición de que me firmes todos tus libros. Soy tu fan número uno.

—Será un placer, Nana.

—¿Y cuanto te quedas? —preguntó Mackenzie.

—Pues… ¡sorpresa! para siempre —respondió Ariana, consciente de que Jayden estaba escuchando.

—¿Cómo que para siempre? —El susodicho se acercó, con cara de preocupación.

—Cariño, ya estoy mayor y en Italia tengo a todas mis amigas, es cierto, pero necesito estar más cerca de mi familia.

—Ariana D’angelo, júrame por todo lo que más quieras que estás bien de salud —exigió el exagente, muy preocupado.

—Jayden, tranquilo, ¿no ves qué está perfectamente? Hasta mejor que nosotros, diría yo —

dijo Mackenzie.

—Cielo, mi salud sigue siendo buenísima, igual que la última vez que hablamos. Solo quiero pasar más tiempo con vosotros. Y ahora más, que tengo un nuevo nieto, he recuperado a mi nieta querida, he conocido a mis dos bisnietos… —le cogió los mofletes a Jayden, de forma tierna— y tengo que vigilarte a ti, truhan, que no hagas muchas trastadas.

—Más te vale, porque no estoy preparado para que te vayas todavía. Por lo menos hasta que tengas doscientos años.

—Tranquilo, si me pasa algo, te lo diré a ti el primero, ¿de acuerdo? Y también vendrás conmigo a los chequeos.

—Me parece guay. —Jayden abrazó a su abuela con mucho cariño.

—Y creo que va siendo hora de que te des una ducha, antes de la cena. Estás pegajoso.

—Sí, señora. Voy. —Le dio un sonoro beso en la mejilla.

Se encaminó al piso de arriba, no sin antes amenazar a Emma de que se preparase porque lo del vino no se iba a quedar sin venganza. Mientras subía las escaleras, se acordó de algo y volvió a plantarle un besazo en los labios a Mackenzie.

—Gracias —le dijo.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—Porque desde que volviste a mi vida solo me pasan cosas buenas. —La besó de nuevo.

—De nada, corazón. —Le devolvió el beso—. Y ahora a la ducha. —Lo ánimo con una palmada en el trasero.

Cuando se fue, las mujeres fueron al salón a charlar y los hombres se quedaron en la cocina. Hasta Yuki sabía cocinar. Las mujeres eran muy diferentes entre ellas, pero lo que tenían todas en común es que no se llevaban nada bien con los fogones. Antes de provocar un incendio o tener que pedir unas pizzas de última hora, preferían dejar a los expertos a cargo de la comida.

---

Mackenzie llevaba un tiempo despierta, observando a su alrededor. Se encontraba tumbada en uno de los sofás de los Moore. La antigua habitación de Michael la ocupaban Yuki y los niños, y las dos habitaciones restantes estaban Ava, Mason y Ariana. El sótano también contaba con un par de dependencias para invitados, pero lo tenían en reforma. Así que ella, Michael, Emma y Jayden se quedaron en el salón. Estos dos últimos dieron tanta guerra durante y después de la cena, que entre tanto limpiar sus destrozos y ducharse varias veces en la noche, se quedaron los dos dormidos en el otro sofá, abrazados. Y el escritor descansaba en un saco de dormir sobre la alfombra.

Sonrió feliz por poseer todo cuanto había deseado y mucho más. Tenía tan lleno el corazón de amor, que parecía que iba a explotar de un momento a otro.

—Buenos días, ¿en qué piensas? —preguntó Michael, mirando a Mack desde su posición.

—Hola. —Ella se colocó de lado, para mirar mejor a su amigo—. Hay veces que me despierto y pienso que todo mi entorno se va a desvanecer. Me quedo un rato observando hasta que me cercioro de que las cosas siguen en su sitio.

—¿Me haces hueco? —preguntó, sonriendo.

—Claro. —Mackenzie se destapó y dejó que Mika se acurrucara con ella—. ¿Por qué no dormiste aquí conmigo?

—No quería molestarte ya que estabas dormida.

—¡Qué tonto! —Mackenzie lo abrazó.

—¿Te digo algo? —Ella asintió—. Vernos aquí, como cuando éramos jóvenes, me pone algo triste. Me hubiera encantado haber hecho las cosas de otra forma.

—¿Te refieres a mantener una relación normal de pareja? —Mackenzie aleteó las pestañas, para picarle.

—Pues sí, me refiero a eso. No te burles. —Michael sonrió—. De verdad, no me perdono la indiferencia que te mostré. ¡Qué vergüenza! Solo te prestaba atención para el sexo.

—Mika, ya lo hemos hablado mil veces. Eso es pasado, además lo propicié yo en gran parte.

—Puede ser, pero pagué contigo mi desengaño amoroso. No te lo merecías, aunque fueras peor que odiosa.

—Con que peor que odiosa… —Le pellizcó el costado y él se echó a reír—. Michael, si algo he aprendido en el tiempo que estuve en la cuerda floja es que desgracias como la mía le pueden ocurrir a cualquiera. Así que, hay que valorar lo que se tiene en el momento, porque nunca sabemos qué pasará mañana. Y el pasado que se quede en su sitio, que nos sirva para aprender y evolucionar. Nunca voy a olvidar el mío, pero no dejaré que me consuma. Al final, las personas somos imperfectas y cometemos errores. Tan mal no lo has debido hacer porque tienes a tu lado a una mujer maravillosa, unos padres increíbles y un precioso retoño que es un cielo.

—¿Te levantas siempre así de filosófica?

—¡Eres un idiota! No te juntes más con Jayden, que se te pegan sus tonterías.

—Ja, ja, ja, ja. Te quiero, tonta. Gracias por tus palabras. —Michael la achuchó y ella le devolvió el abrazo.

—¡Qué lindos! ¿Nos hacéis un hueco? —preguntó Ariana, mirándolos con ternura. La acompañaba Ava.

—¡Claro que sí! —respondió Mackenzie.

Las abrazó en cuanto se sentaron con ellos. Michael se levantó a los pocos minutos a preparar café y té.

—¿Qué tal dormiste, *mia ragazza*? —preguntó Ariana, acariciándole el pelo a Mackenzie con dulzura mientras ella se acurrucaba con ella y Ava.

—Muy bien, Nana. Gracias.

—¿Te puedo preguntar algo? —Ella asintió—. Anoche no tuvimos oportunidad de hablar mucho sobre lo que te pasó. Y me gustaría saber cómo te estás sintiendo. Por lo que me han contado, sé que todo va mejor que bien. Pero me gustaría saber qué tienes tú en el corazón.

—Ay, Nana. Tengo mucha felicidad y amor. Y aunque todavía me cuesta adaptarme a mi nueva realidad en ocasiones, estoy disfrutando de cada segundo.

—Eso me alegra, mi princesita. ¿Y el sexo qué tal?

—¡Mamá! ¿Qué son esas preguntas? —reclamó Ava.

—Una pregunta que deberías haberle hecho tú, como madre política que eres. Y asegurarte de que tu hijo se comporta —regañó Ariana.

—Tienes razón, mamá. Supuse que era algo que no debía preguntar, por motivos evidentes. Perdóname, nena —se disculpó Ava con Mackenzie.

—No hay nada que perdonar, de verdad. Y respondiéndote, Nana, con el sexo sigo sorprendida. Al principio me costaba, porque mis monstruos no me dejaban disfrutar del todo, pero gracias a Jayden y a que soy terca como una mula, vencí a esos monstruos. Aunque a veces tenga miedo de que vuelvan a salir.

—Soy el doctor amor, eso no es nada nuevo —murmuró Jayden desde el sofá donde seguía tumbado con Emma.

Los dos se habían despertado y escucharon toda la conversación.

—Y el doctor calor. ¡Menuda estufa! —se quejó la rubia, levantándose del sofá para saludar a Michael con un efusivo beso y un abrazo. Y después a sus hijos perrunos, que andaban tumbados al lado de la chimenea.

—Lo dice la que no paraba de acurrucarse con la estufa. —Le revolvió el pelo y le dio un beso en la mejilla—. Mongola.

Jayden se acercó a su madre, a su abuela y a Mackenzie. Se tiró encima de ellas de manera suave y las abrazó fuerte. El amor que sentía por esas tres mujeres no se podía medir con nada.

—¡Buenos días, feliz Navidad! —saludó Erica de manera efusiva.

Venía con Elijah en los brazos, seguida por Dominik, Mason y Yuki que llevaba a Michael. Mackenzie pidió a Jayden que la dejara levantarse para saludar a su pequeño y a su hermano.

—¡Hola, mi niño hermoso! —Cubrió de besos al pequeño, entre risas.

—Mami, mami, ¡*legalos*!

—¡*Ziiiiiiiiiiii*! —apoyó Elijah.

—Las prioridades de los críos, que no se diga más —comentó Emma.

Todos los presentes se sentaron en el suelo, alrededor del bonito árbol sintético que parecía real y bien decorado que poseían los Moore. Los niños se lo pasaban en grande desgarrando los envoltorios y gritando los nombres de los juguetes que Papa Noel les había traído.

Mackenzie observaba a su hijo y todavía no se podía creer que lo tuviera junto a ella. Era la primera Navidad que pasaba con él y no podía ser más feliz. De vez en cuando se le escapaba una lágrima que Jayden se encargaba de limpiarle con besos para sacarle una sonrisa más grande que la que ya esbozaba.

Una vez que los pequeños estuvieron entretenidos con los juguetes y con Kenny y Lenny que también recibieron sus regalos, Dominik fue a preparar el desayuno con Mason y los demás empezaron a abrir sus regalos. Había para todos. Jayden cogió uno de los suyos, un enorme rectángulo con un bonito lazo azul. Lo colocó en el sofá para abrirlo más cómodamente. Cuando se deshizo del envoltorio, descubrió un bonito cuadro dibujado a mano. Había dos imágenes, una a lado de otra, de él y de Mackenzie. Una eran los dos de adolescentes y la otra ya de adultos.

—Muñeca… ¿lo dibujaste tú? —Los ojos se le llenaron de lágrimas, que se limpió rápidamente—. Estoy cansado de que me hagas llorar, eh.

—¿Te gusta? —le preguntó ella, colocándose a su lado en el sofá, donde observaba el cuadro con un amor infinito.

—Me encanta, es increíble. ¿Cuándo lo dibujaste?

—Pues empecé cuando volví a trabajar en la editorial. Me monté un mini estudio en el despacho de Michael y mientras él escribía yo dibujaba. Hacía años que no dibujaba a mano alzada. Menos mal que te ha gustado. —Se limpió el sudor inexistente de la frente.

—Nena… no solo me gusta, es que no tengo palabras. —La besó repetidamente en los labios de manera dulce, mientras ella reía—. Ahora te sentiré conmigo siempre en el despacho.

—Todavía hay más —le dijo Mackenzie, yendo a por un paquete cuadrado.

Jayden la abrió con ansias y descubrió un bonito Rolex que le hizo abrir la boca. A pesar de ser un hombre pro-tecnología, era muy clásico en algunos aspectos. Y uno de sus sueños era poseer un reloj de ese calibre. La Muñeca se valió de la ayuda de James para escoger modelo. Por la cara del Muñeco, habían dado en el clavo. Ahora le debía al asesor financiero y experto en moda un día de compras en la que todo lo pagaría ella.

Lo primero que hizo fue quitarse su Smart Watch y probarse esa maravilla. El peso, el diseño, cómo sonaba, una auténtica fantasía. Lo cuidaría como el mejor de los tesoros. Aunque el mejor de los tesoros que poseía era el amor de esa mujer, sin duda alguna.

—Ahora mis regalos quedarán a la altura del betún —bromeó él, yendo a por los suyos.

—No sabía que fuera una competición.

—Y menos mal, me ganarías seguro. —Jayden le colocó una caja de tamaño medio en el regazo.

Mackenzie, al retirar la tapadera del paquete, descubrió un álbum de fotos. Parecía hecho a mano, por los acabados. No tenían imperfecciones ni nada, pero se notaba a la legua que no lo había fabricado una máquina.

Al abrirlo, una melodía empezó a sonar, *Creepin'* de Metro Boomin, The Weeknd y 21 Savage. En la primera página se encontraba una única foto, de Jayden y ella cuando contaban con poco más de un año. Se titulaba, *Nuestra historia*.

Con lágrimas en los ojos, empezó a pasar las páginas para ver el paso del tiempo de los dos. Claro estaba, el vacío de esos años en los que no estuvieron juntos y ella en su inferno personal se notaban en esas maravillosas fotografías llenas de amor. Al final, cuando terminó su viaje por el pasado y el pasado más reciente, después de escuchar todo el repertorio de canciones que los representaban, Mackenzie no podía aguantar las lágrimas. Más aún cuando vio que había páginas en blanco. Para seguir sumando momentos.

—Cuando este se termine, tengo otro a medio fabricar para seguir rellenando —le confesó Jayden, dedicándole esa maravillosa sonrisa eterna que siempre le mostraba.

—Te amo —le dijo, con dificultad por las lágrimas.

—Yo también a ti, Muñeca. —La besó en los labios y la abrazó fuerte. A Mackenzie se le cayó la caja del álbum al suelo y se escuchó un tintineo. Ella se fijó en que unas llaves de coche se salieron el paquete. Las cogió, y al ver la marca se le iluminaron los ojos—. ¡¿No puede ser?!

—No sé, ve a ver. —Jayden se encogió de hombros, con cara de pillo e inocente a la vez.

Corrió hacia la puerta de entrada y antes de abrirla, a través del ventanal, reparó en un coche que conocía como la palma de su mano. Tenía un bonito lazo rojo en el techo.

Salió a la calle solo con el pijama y ni notó el frío de la emoción de ver de cerca su bonito descapotable de cuatro plazas. De su antigua vida echaba de menos muy pocas cosas, nada casi. Una que le encantaba era ese vehículo que creía haber perdido en la simulación del accidente que supuestamente acabó con su vida. Ese pequeño automóvil la acompañó cuando iba a sus clases clandestinas en la universidad, también cuando quedaba con Ava para tomar café y charlar. Y un recuerdo que jamás se borraría fue aquel día que pasó una noche increíble en casa de los Sullivan y se acostó con Jayden sobre ese mismo coche.

—¿Es el original? —preguntó, aunque lo sentía en el corazón. Él asintió—. ¿Cuándo lo has traído?

—Lo trajo mi madre y lo dejó aparcado unas calles más abajo. Cuando estabas profundamente dormida, salí a hurtadillas para aparcarlo aquí fuera. Volví al sofá con Emma para no levantar sospechas.

—¿Cómo es posible? No me enteré de nada —comentó Emma.

—Sigo siendo un buen espía, Ninfa, que no se te olvide. —Jayden le guiñó un ojo.

—Muñeco, gracias. —Se abalanzó hacia él para abrazarlo fuerte. Dirigió su boca hacia su oído para que nadie lo escuchara—. Que sepas que, cuando llegue el buen tiempo, voy a aparcar esta belleza en un descampado y lo vamos a reventar a polvos.

—*Uuuuy* —Jayden miró su reloj nuevo—, para eso queda mucho. No sé si aguante hasta entonces. Además, yo prefiero que me revientes a mí a polvos.

—¡Niño cochino! —exclamó Ariana, entre risas, y cogiendo una bola de nieve y lanzándosela.

Al parecer Jayden alzó la voz más de la cuenta y la mitad de los presentes escuchó esa

guarrería.

Él, al notar la cantidad de hielo que se le coló por el cuello del pijama, deshizo el abrazo y recogió un buen puñado de nieve entre las manos. Obviamente no iba a lanzársela a su abuela, se decidió por Emma. La pobre no se lo esperaba. Trastabilló y se cayó al suelo.

—¡JA, JA, JA, JA! —Jayden se rio a carcajadas, señalándola con el dedo—. Eres una blandengue.

Y se desató una batalla campal entre los dos. Se les unió Michael, Mackenzie, Yuki, los niños y hasta Lenny y Kenny. Los más adultos entraron a la casa para ayudar con el desayuno a Dominik y Mason.

Cuando llevaban un rato, la Muñeca se apartó y se sentó en la escalera del porche. Mientras recuperaba el aire, miraba a su familia y todavía no se podía creer la felicidad que estaba sintiendo. Se pellizcó el brazo por última vez en su vida y fue a divertirse. A vivir.

---

*Seis días después. Nochevieja.*

Jayden y Mackenzie, después de conocer a Rhonda y sus maravillosos hijos, se hicieron muy amigos. Esta linda mujer los invitó a ellos, a Yuki y al pequeño Michael a su apartamento para celebrar el fin de año.

Además, la pareja, sobre todo Jayden, le tenía una sorpresa a Rhonda. Sobre su difunto amor. No le devolvería a la vida, pero seguramente le otorgaría algo de paz.

Cuando llegaron al piso, después de subir unas cuantas escaleras por culpa del ascensor estropeado, la puerta se encontraba entreabierta. Se escuchaban las risas de Rhonda y hombre.

Sin llamar, entraron y la vieron conversando con un muchacho más joven que ella, no llegaría a los treinta; de pelo rubio oscuro, muy corto; un poco más bajo que Jayden; en forma, aunque no tan musculado como el Muñeco. Su vestimenta hizo sonreír a Mackenzie de oreja a oreja. Llevaba una camiseta negra sencilla debajo de una blazer del mismo color. Pero lo importarte era el logotipo que decoraba la prenda. Del grupo Rammstein, uno de sus favoritos.

—*Nun liebe Kinder, gebt fein acht. Ich bin die Stimme aus dem Kissen. Ich hab' euch etwas mitgebracht, hab' es aus meiner Brust gerissen* —cantó Mack, eso hizo sonreír al chico.

—*Mit diesem Herz hab' ich die Macht, die Augenlider zu erpressen* —siguió él.

—*Ich singe, bis der Tag erwacht. Ein heller Schein am Firmament* —continuó Mackenzie.

—*Mein Herz brennt!* —acabaron al unísono y se echaron a reír.

Mackenzie se acercó a darle un pequeño abrazo.

—¿Qué tal? Soy Mackenzie, encantada.

—Igualmente, soy Anthony.

Jayden se quedó observando la escena de brazos cruzados. Conocía a ese chico, por supuesto. Trabajaba en su departamento en Sullivan’s Security. Y lo lógico es que también conociera a Rhonda, porque ella trabajaba en la empresa de limpieza que pasaba varias veces en semana por allí.

Pero… ¿tenían una relación sentimental? Por extraño que pareciera, a él eso no le hacía mucha gracia. Sentía que debía proteger a todas las mujeres que sufrían abusos sexuales por parte los buitres que se creían con derecho de tocar y tomar el cuerpo de alguien sin permiso.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Jayden, más brusco de lo que quería ser.

—Desténsate, Muñeco, Anthony es amigo —defendió Mackenzie, al escuchar el tono.

—Si no lo conoces de nada, hazme el favor.

—Jefe, no tengo ninguna mala intención. Vine porque me invitó Rhonda. —Anthony levantó las manos, algo nervioso.

—Toma, bebe algo y cálmate. —Rhonda apareció con una cerveza.

—La música que escucha una persona dice mucho de ella. Y esa canción es una autentica maravilla —explicó Mackenzie—. Tiene un significado único y precioso.

—A ver, cuéntame. —Jayden se sentó en el sofá, con cara de mala uva.

—Histérico —comentó Yuki, por lo bajini.

—¿Tú qué hablas, capullo?

—¡Jayden! Esa lengua delante de los niños. —Mackenzie señaló a Michael que jugaba con la pequeña Mack. Se habían hecho super amigos y ni siquiera les dio tiempo a presentarlos.

—Perdón, perdón. Soy protector, ¿qué queréis que os diga?

—Un protector histérico. Si no fuera porque mi hermana no te deja que le mandes, no la dejarías ni salir —dijo Yuki, acercándose a Rhonda—. Gracias por la invitación, encantada de conocerte.

—Igualmente, Yuki. —En ese momento salió Dave de su habitación—. Te presento a mi hijo, Dave.

—Hola. —El susodicho le tendió la mano y Yuki se la estrechó con una sonrisa.

—Hola.

—A ver, ya me calmo. —Miró a Yuki de manera asesina—. Y no vuelvas a llamarme histérico, enano.

—¿Te puedo contar ya la historia de la dichosa canción o no? —preguntó Mackenzie y Jayden asintió—. A ver, está basada en un poema alemán llamado "El arenero" donde se relata la historia de un monstruo llamado de esta manera el cual vigila a los niños en la noche y les quita sus más dulces sueños para llevarlos a un mundo de pesadillas donde este se alimenta de su miedo y los mantiene presos. Lo que el cantante quiere transmitir cuando dice *Mein Herz brennt*…

—Mi corazón arde —tradujo Jayden.

—Sí, exacto. A veces olvido que eres Google Translator con piernas. —Mackenzie sonrió—. Pues ese corazón ardiendo es la luz que guía a los niños para que no se sientan perdidos en esas pesadillas.

Anthony puso la canción en su teléfono móvil para meter más a Jayden en la atmósfera, además que podía traducirla sin necesidad de ayuda. La versión de piano, la favorita de Mackenzie. Ella le sonrió a su reciente amigo.

—¡Guau! —exclamó Jayden al acabar la canción.

—Ojalá Michael tuviera esa luz cuando sufre con las pesadillas —dijo Mackenzie, algo triste.

—La tiene —afirmó Jayden. Mackenzie le frunció el ceño, algo confusa—. Esa luz eres tú.

—¡Ohhhhhhhhhhhhhhhh! —exclamaron todos al unísono mientras Mackenzie sonreía y besaba a Jayden—. ¡Qué bonitooooooooooooooooooo!

—Callaos, idiotas —se quejó Mackenzie, lanzándoles un cojín que fue a parar a la cara de Yuki.

—Venga, venga, vamos. La cena ya está lista —anunció Rhonda—. A ver si se va a enfriar.

—Un momento, tenemos un regalo para ti. —Jayden cogió el sobre que traía consigo y que dejó en una mesa en la entrada.

Rhonda lo cogió y sacó los papeles. Empezó a leerlos y a cada página se sorprendía más.

—¿Qué es esto? —preguntó, acongojada.

—Pues lo que te prometí. Investigué la muerte del padre de tus hijos y pasó lo que sospechaba, la esposa fue la responsable de todo. Y ahí tienes las pruebas y el testamento original, porque en el que se suponía que le dejaba a ella la herencia, era falso. Su patrimonio, sus activos, la empresa, es vuestro. —Jayden se tomó la libertad de agarrar el mando a distancia de la televisión y puso las noticias—. Justo a tiempo.

Las imágenes mostraban como detenían a la autora del asesinato. También mencionaban los motivos y a los verdaderos herederos de ese imperio.

—Pero… ¿qué vamos a hacer con todo esto? ¿Qué se yo de llevar una empresa, por el amor de Dios?

—Por eso no te tienes que preocupar. En la empresa tendrás asesores a tu disposición y personal que lleva allí mucho tiempo trabajando. Vas a contar con mucha ayuda —dijo Mackenzie, para tranquilizarla.

—También nos tienes a nosotros, te vamos a ayudar en lo que necesites —apoyó Jayden.

—Pero…

—Nada de peros, ahora vamos a disfrutar de la cena y la velada —zanjó Mackenzie.

—Muchísimas gracias. —Rhonda abrazó a Mack y Jayden se unió a ese abrazo.

Las personas que han vivido un infierno se merecen el mundo y más. Si Mackenzie y Jayden pueden ayudar a proporcionarles ese mundo, lo harían sin dudarlo. Por eso y por el amor de mujer que era Rhonda, no dudaron en ayudarla. Ahora comenzaba su vida y la pareja se sentía feliz de poder estar al lado de esa pequeña familia.

---

*Dos semanas después*

Por fin, Jayden y Mackenzie podían relajarse en el cómodo sofá de su nueva vivienda. Aunque hubiera sido pagada al completo y al contado por ella, decidió ponerla a nombre de los dos. Obviamente él se quejó, en balde, pero se quejó.

Se pasaron estos últimos días esperando a recibir los muebles que habían comprado nuevos, los que conservaron de la antigua casa de Mackenzie y colocando todo en su lugar.

En ese instante, los dos se encontraban viendo una película que buscaron en Netflix. Aunque la Muñeca no conseguía concentrarse, porque tenía algo en mente desde hacía tiempo y no sabía como decírselo a Jayden. No temía su reacción, solo tenía miedo de que no saliese bien y los monstruos que dormían en su interior se despertaran. Con Jayden sería casi imposible, pero no podía saberlo.

—Muñeco… ¿te puedo preguntar algo?

—Ya me estás preguntando. —Jayden la miró, con esa cara de pillo y esa sonrisa arrebatadora.

—Idiota. —Le estampó un cojín en la cara y él se rio a carcajadas.

—Tienes las manos muy largas. —La agarró de la muñeca y la atrajo hacia él. La estampó contra su pecho mientras ella no podía parar de reír—. A ver, dime.

—Estaba pensando… —Mackenzie se encondió entre sus brazos, en el pecho de Jayden—. En que nos intercambiáramos los papeles.

—No te entiendo. —Ella sacó un ojo y lo miró, tímida. Levantó una ceja y entonces a él se le

iluminó la bombilla—. ¿Y eso?

—No sé, quiero probar. —Se sentó a horcajadas sobre él, mientras la observaba desde su posición, tumbado en el sofá—. Ya lo hablamos una vez, ¿te acuerdas?

—Sí, pero ¿crees que sabré hacerlo?

—Claro, ¿por qué no? Yo aprendí a base de golpes. Al igual que tú. Lo único diferente son los caminos.

—Puede ser. —Jayden se quedó un rato pensativo—. ¿Estás segura?

—No, tengo un poco de miedo. Sin embargo, necesito intentarlo. Y bueno, no confío en nadie más que en ti. —Mackenzie se encogió de hombros, algo cohibida.

—Si confiaras en otra persona antes que en mí, me enfadaría mucho. —Le proporcionó algunas cosquillas en las costillas y ella se rio.

—Si los enfados no te duran nada.

—Pues claro, si nunca estoy enfadado en realidad. Contigo imposible. —Se levantó para dale un pequeño beso en los labios.

—¿Entonces qué, vamos?

—¿Ahora? —Ella asintió—. Eres una pequeña adicta al sexo, te voy a tener que castigar.

—Qué miedo me das —le vaciló, con una sonrisa en los labios.

Si tenía algún miedo, se le olvidó. La vida con Jayden era tan fácil, tan tranquila, tan increíble, que cualquier mal pensamiento que se le pasaba por la cabeza se esfumaba ipso facto.

—¿Con que esas tenemos, eh? —se levantó con ella encima y se la echó al hombro, como un saco de patatas—. ¿Palabra de seguridad?

—La misma que la tuya. —No lo dudó un segundo. Tenía que ser el color de esos ojos tan maravillosos.

—Necesito que la digas en voz alta.

—Azul. —Y sin esperarlo, se llevó un azote en el trasero.

Dio un pequeño grito, esperaba no haber despertado a Michael.

—¿Te doy otro para que te calmes? —la regañó.

Y eso fue un azote verbal a su sexo. Uno que no se esperaba. El tema de ser dominada nunca le despertó curiosidad, solo ahora que se sentía libre de elegir qué quería y qué no en la cama. Pero como adoraba a Jayden, pues le encantaba también lo que le hacía. Y esa palmada y esa pregunta tan autoritaria, le resultó demasiado *sexy*.

—No. Estoy bien así —respondió.

—Genial —dijo él y se encaminó hacia el piso de arriba.

Fueron a ver si Michael seguía dormido, después entraron al cuarto de juegos que se habían montado. Por supuesto, siempre estaba cerrado con llave, no fuera que el pequeño entrara y se asustara con los aparatos y juguetes que poseían.

Entraron a la habitación y cerraron el pestillo por dentro. Si Michael se despertaba, lo sabrían gracias al escucha bebés que Jayden se encargó de coger antes de subir.

Dejó a Mackenzie en el suelo y dio vueltas alrededor de ella, pensando qué podía hacerle.

—Me estás poniendo nerviosa —avisó la Muñeca. La espera la mataba muy lentamente y eso que solo llevaban en esa habitación unos poco minutos.

Jayden se paró en seco y la miró con mucha intensidad.

—¿Te he dado permiso para hablar? —Mackenzie negó con la cabeza y sonrió de lado, de manera pícara—. Pues calladita te ves más bonita. Ahora, desnúdate despacio.

«¿Cómo puede ser esto tan excitante?», pensó ella para sí. «Ahora entiendo lo que siente él». Se estaba calentando muchísimo. Apenas empezaban con el juego y su sexo palpitaba. Y Jayden

no podía ocultar su excitación en el pantalón de chándal que llevaba.

Mackenzie hizo lo que le pidió. Empezó con la sudadera, se bajó lentamente la cremallera, sacó los brazos de las mangas y tiró la prenda al suelo. Dejó ver su torso cubierto por una camiseta de manga corta ajustada, que descubría su vientre plano, ligeramente marcado y su bonito ombligo. Llevó las dos manos hacia el borde del top y se lo sacó despacio hasta que se reunió con la sudadera. Sus hermosos pechos operados, de pezones rosados y erectos, le dieron la bienvenida a Jayden y a su miembro, que saltó dentro de los pantalones.

Ella se estaba divirtiendo con las reacciones del Muñeco. Incluso intentando dominarla y ser el que mandaba en ese instante, se sabía quien seguía conservando el poder.

Continuó deshaciendo el lazo que mantenía el ligero *jogger* que llevaba Mackenzie en sus caderas. Lo bajó juntando sus brazos a su cuerpo para marcar sus pechos, sin dejar de mirar al hombre que amaba. Se quedó con un bonito tanga deportivo de color gris oscuro, más oscuro aún en la parte que se pegaba a su entrada por culpa de los fluidos.

Jayden levantó la mano, para indicarle que se lo dejara puesto. Se acercó a ella y le masajeó los pechos, apretando suficiente para provocarle un poco de dolor mezclado con placer. Con el pulgar y el índice de cada mano, torturó sus pezones. Mack tuvo que cerrar los ojos por el placer, aunque no podía contener con los gemidos que salían a través de sus labios.

Cuando a Jayden se le cansaron las manos, las sustituyó por la boca. Le lamió los senos con mucha dedicación, haciendo hincapié en sus cimas inhiestas.

Al acabar, se separó y admiró los dos focos rojos que había creado. Maravillosos. Ella respiraba pesado y seguía con los ojos cerrados. Le cogió la barbilla y abrió los ojos.

—Arrodíllate —ordenó, con voz contundente, pero mucho amor en el tono.

Mackenzie obedeció. Y nada más tocar el suelo, se encontró con un bonito bulto desafiándola desde su posición. Sin que él dijera nada, sabía perfectamente qué debía hacer. Le bajó el pantalón junto a los calzoncillos sin mucha ceremonia, mientras Jayden se quitaba la camiseta. Cuando estuvo completamente desnudo, ella le lamió el miembro desde la base hasta la punta, recogiendo una perla de líquido preseminal deliciosa.

—De eso nada —le dijo cuando ella pretendía ayudarse de su pequeña mano para chupársela.

Entonces la dejó en uno de sus muslos junto a la otra. Jayden le recogió el pelo con la mano. Ella abrió la boca y él adelantó ligeramente las caderas y se internó en esa húmeda cavidad. Se movió poco a poco, con penetraciones lentas. Mackenzie ahuecaba las mejillas y jugaba con la lengua para proporcionarle el máximo placer a ese hombre que la trataba como una a una reina.

Poco a poco aumentó la velocidad de sus embestidas, y cada vez se internaba más al fondo. A Mackenzie le daban ligeras arcadas, la saliva se escapaba entre sus labios, los ojos le lloraban, pero su sexo chorreaba del gusto. Lamer esa polla le encantaba de todas las maneras posibles. Y estar haciendo eso sin miedo y confiando en que no la lastimaría, la excitaba muchísimo más.

Jayden se estaba cegando por el placer que le proporcionaban esos labios y esa lengua que lo traía loco. Así que, se obligó a parar. Salió de ella de manera brusca y le alzó la cabeza tirándole del pelo hacia atrás. Los estragos de esa mamada se veían en su rostro y estaba muy hermosa. De hecho, boqueaba, pidiendo más. Él sonrió, y la instó a levantarse mientras seguía tirando de su bonito pelo. La tumbó en la cama, boca abajo y le alzó el trasero, apoyándole las rodillas en el colchón y dejando el torso pegado a las sábanas.

Con un dedo, le recorrió la raja brillante y chorreante de fluidos desde el clítoris hasta el ano, haciendo hincapié en ese agujero fruncido. Bajando antes el tanga y para dejarlo a mitad de los muslos.

Humedeció su entrada trasera y empezó a meter la punta del dedo corazón para abrirla poco a

poco. Le taladraría el culo hasta que no pudiera más y le suplicara que parara. Le metió varios dedos hasta el fondo cuando la dilató lo suficiente. Después fue a por un *plug* anal de tamaño considerable para que se sintiera llena al completo.

Se lo introdujo sin ninguna dificultad, y sin previo aviso le metió la polla hasta el fondo de su vagina.

—¡Dios! —exclamó Mackenzie, muerta de placer.

—¿Sí? —respondió él, de manera engreída.

Mackenzie se rio, pero sus carcajadas no tardaron en ser sustituidas por gemidos cuando empezó a embestirla de manera dura y contundente. También jugó con el juguete de su culo. Estaba intentando no correrse, pero dudaba que fuera capaz.

—Muñeca, voy a ser bueno —dijo, muerto de placer—. Como es la primera vez, voy a dejar que tengas los orgasmos que te lleguen.

Memos mal que le concedió el permiso, en ese instante se corrió tan fuerte, que si no llega a ser que Jayden la tenía bien cogida de las caderas, lo podría haber estampado contra la pared.

Él no se detuvo, siguió y siguió hasta que le provocó un segundo orgasmo y se salió de ella no fuera que acabara él también. Podía perfectamente correrse más de una vez, pero cada una le restaba energía y prefería tener los cinco sentidos puestos en Mackenzie y realizar este acto de dominación-sumisión lo más perfecto posible.

Ahora quería penetrar ese maravilloso culo. La ayudó a ponerse de rodillas en la cama. Él bajó las cadenas que colgaban del techo y le ató las muñecas con las correas de cuero. Después tiró hasta que la obligó a ponerse en cuclillas.

Antes de tumbarse debajo de ella, le quitó el *plug*. Mackenzie siseo. Se notaba sensible y casi sin fuerzas. Ser dominante era duro, pero la otra parte cansaba mucho más. Las piernas le temblaban y quizás no aguantara en esa posición. También cogió un *flogger*. Después se acostó en la cama, donde la podía ver de maravilla. Tanteó con el miembro su entrada trasera y empujó despacio hacia arriba hasta que se encajó hasta el fondo.

Empezó con embestidas suaves, únicamente moviendo las caderas arriba y abajo. Mientras le acariciaba el torso con el látigo. Cuando aumentó la velocidad, azotaba de manera suave sus preciosas tetas, su abdomen y su monte de venus.

La penetraba cada vez más y más rápido a medida que le enrojecía el pecho. Y ella se sentía al borde de un precipicio. Gemía y gemía sin parar. Había tenido muchos orgasmos, ni sabía cuántos ya, desde que comenzó a darle por detrás y coserla a latigazos.

—Muñeca… —llamó Jayden, con la voz ronca por el placer—. El último orgasmo, a la misma vez que el mío.

Ella asintió y los dos se corrieron al unísono. El soltó el juguete con el que la azotaba y se incorporó para abrazarla hasta que sus cuerpos de relajaran.

Cuando Jayden notó que Mackenzie respiraba con normalidad. Salió de su interior y la sentó en su vientre mientras la desataba. Sus brazos cayeron sin fuerzas. Se levantó para llevarla al baño anexo y limpiarla y mimarla.

Ella apenas se dio cuenta de nada. Solo cuando la tumbaron en la cama que compartían todos los días. Llevaba hasta el pijama puesto. Entreabrió los ojos y vio como el Muñeco la arropaba. Sonrió como una tonta enamorada y lloró de alegría. Lo que acababa de conseguir no lo olvidaría en la vida. Además que todo ocurrió sin miedos ni ninguna traba. Y no podría haberlo llevado acabo sin ese hombre maravilloso que estaba a su lado.

—Gracias —le dijo, a media voz.

Jayden sonrió y le dio un beso en la frente. Después se quedó completamente dormida. Y él se

sintió feliz. Aunque no lo pareciera, lo del encuentro fue muy difícil de realizar. Se sintió nervioso y llegó a pensar que le podía hacer daño o causarle algún mal. Cuando vio que no era así, se quedó muy tranquilo.

Se acostó a su lado y la abrazó fuerte, para caer también en los brazos de Morfeo minutos más tarde.

---

*1 mes después*

«¿Cómo ha podido pasar?», pensó Mackenzie al salir del automóvil de Michael y dirigirse al ascensor de Miller's Publishing junto a él y Emma. Como eran vecinos, veían una tontería coger dos coches. Se encontraron también con Madison y Liam y mientras todos hablaban, ella no paraba de hacerse esa pregunta.

La noche después del encuentro sexual entre ella y Jayden, donde fue la sumisa, su pequeño lo llamó papá y el estallido paternal fue descomunal. Desde entonces, que le tiró a la basura sus pastillas anticonceptivas, pues estaba claro que en algún momento quedaría embarazada. Lo que no se esperaba es que fuera tan pronto.

Se hizo la prueba esa mañana sin que él lo supiera. La tuvo que comprar porque su periodo llevaba una semana de retraso. Además, sentía nauseas desde hacía varios días. Blanco y en botella, dos rayitas en el test que tenía en el bolso.

No es que quisiera ocultárselo al Muñeco, solo necesitaba asimilarlo antes de decirle nada. Y el desayuno fue un poco caótico. Michael andaba algo agripado. Cuando llegó la niñera y trajeron a Elijah, porque los cuidaba a los dos, una fiesta de mocos y lloros horrorosa, porque el pequeño de ojos grises también estaba enfermo. Obviamente, no pudo ser. Lo intentaría por la noche.

Al llegar el elevador a su destino, consiguió salir de su ensoñación. Se quedó parada un instante porque le sobrevino una pequeña arcada. Sus amigos se giraron al oírla. Ella los miró, pero salió corriendo hacia el baño del mismo pasillo. Se metió en un cubículo y vomitó todo el desayuno. Emma y Madison le recogieron la melena para que no se manchara hasta que acabara de echarlo todo.

—¿Te pegaron los niños la gripe? —preguntó la editora, mientras la acompañaba al lavabo junto a los demás.

Ella negó y cuando se enjuagó la boca, sacó de su bolso el test de embarazo. Cuando lo vieron, se quedaron pasmados mirando las dos rayitas.

—¿Qué os pasa a vosotras dos que os embarazáis nada más que os miran? —se quejó Madison, porque la pobre no se quedaba en estado ni queriéndolo.

—Lo siento —dijo Mackenzie.

—Ay, tonta. No me pidas perdón, solo estaba bromeando. —se acercó a darle un abrazo—. Pero en serio, ¿cómo ha podido pasar?

—Pues resulta que le vinieron las ganas de ser padre todas de golpe cuando Michael le dijo papá. —Se encogió de hombros—. Mandó mis anticonceptivas a la basura y eso es todo.

—¿Así sin más? —preguntó Madison y ella asintió—. ¿Qué porquería de medicamentos tomáis vosotras? Una que si le falla, ahora la otra que deja la píldora y se embaraza. Me parece que no funciona así.

—¡Eso digo yo! —exclamó, con una risa nerviosa.

—¿No estás feliz por la noticia? —preguntó Michael.

—¡Mika, por el amor de Dios! ¿Qué pregunta es esa? —Mackenzie puso los brazos en jarras.

Todos se pusieron a gritar de repente, a saltar de alegría y abrazarse.

—Oye, ¿y Jayden? —curioseó Liam.

—Todavía no tuve tiempo de decírselo. Lo haré esta no… —Se cortó la frase porque fue a vomitar de nuevo. Se ve que todavía le quedaba desayuno en el estómago.

—Ay, nena, ¿quieres irte a casa? —preguntó Emma.

—No —respondió cuando acabó de enjuagarse—. Estoy embarazada, no enferma. Ahora me preparo uno de mis tés y como algo para reponer fuerzas. Aparte de náuseas, tengo un hambre que me muero.

Sus amigos se rieron y se encaminaron cada uno a su espacio de trabajo.

Mackenzie se concentró en sus tareas durante una horas. Por suerte, con su bebida y algo de comer, la fatiga había mejorado. Se levantó un momento para prepararse otro té y estirar las piernas. Cuando salió de la sala de descanso, Jayden aparecía por la recepción.

—Muñeco —llamó, preocupada. Parecía encontrarse mal—. ¿Qué haces aquí?

—Michael me ha pegado la gripe. —Hizo pucheros—. Mami me mandó a casa, como un bebé. Pero yo necesito tus mimos.

—Ay, mi vida. —Lo abrazó fuerte y desprendía un calor terrible. Quizás tuviera fiebre—. Mi niño grande, aquí estoy.

—¿Qué pasa, y esa cara? —preguntó Emma, que se acercó a la recepción.

—Estoy enfermo. —Volvió a hacer pucheros, pero esta vez los dirigió a su amiga, que también lo abrazó.

—Menuda cara, tío —apuntó Liam, que venía del baño.

—Sí, ¿te sientes bien? —preguntó Madison, que se acercó a recoger unos documentos que mandó a imprimir desde su ordenador.

—Uy, Jayden, no tienes buena cara. —Por lo visto, Michael bajó de su despacho y los vio allí en la entrada reunidos.

—¿Podéis dejar de llamarme feo? —Se quitó el gorro negro que llevaba y los estrelló en la mesa de Leslie, fingiendo enfado. La recepcionista soltó una pequeña risa—. Yo tengo una cara preciosa, hasta estando malito.

—Claro que sí, cariño. Eres hermoso siempre —dijo Mackenzie.

—¿Habéis oído? —Jayden les sacó la lengua.

—Ja, ja, ja, ja. ¡Qué tonto eres! —Mackenzie lo besó en la mejilla—. ¿Te llevo a casa? Cojo tu coche.

—Me quiero quedar aquí, porfi —suplicó, poniendo morritos.

—De acuerdo, bebé grande. Puedes echarte en el sofá de mi despacho —aceptó Emma.

—¿Vas a venir a cuidarme? —le preguntó a Mackenzie.

—Claro que sí, no te preocupes.

—¡Bien! —Jayden alzó los puños en señal de victoria—. Por cierto, ¿qué te hiciste hoy? Estás más bonita de lo normal.

Mackenzie tragó saliva sin que él se diera cuenta. ¿Tanto se le notaba?

—No sé. Me siento igual que siempre. —Se encogió de hombros.

—Si tú lo dices… —Le dio un beso en la mejilla—. Ven a verme.

—No te preocupes, después te llevo un té calentito.

—Noooooo, no me gustan —se quejó Jayden.

—Deja de quejarte y vamos. —Emma lo cogió de la muñeca y lo arrastró hacia su despacho.

Los demás se rieron y volvieron a sus puestos de trabajo.

---

El humor en la oficina se había vuelto pesado y el aire estaba viciado. Cada vez que venían de visita los miembros de la junta directiva, los ánimos caían en picado. Hasta Jayden lo notaba. Además de enfermo, tenía mala cara porque Emma llevaba varias horas en la sala de juntas con esos tipos y su amiga siempre salía entristecida de esas malditas reuniones. Y desde su posición en el sofá de la recepción, aunque se le dificultaba la visión, no hacía más que mirar a ver si salían de allí.

Mackenzie lo observaba todo, también desde la recepción dado que estaba charlando de un asunto con Leslie, y se notaba enfurecida por la situación. Odiaba que molestaran a su familia y no podía dejarlo estar. De hecho, no pensaba hacerlo.

Y justo en ese momento, los tres hombres con Emma siguiéndoles salían de la reunión. Uno de ellos, el que iba en cabeza, estaba enfrascado en su teléfono móvil cuando Mackenzie se colocó en su camino.

—¿No tenéis otra cosa que hacer que molestar? —preguntó ella, con sarcasmo.

El idiota levantó la cabeza y una ceja a continuación.

—No creo que sea asunto tuyo, bonita.

—Claro que sí, trabajo aquí.

—Muy a nuestro pesar, sinceramente. Tener a una mujer como tú le da muy mala imagen a la empresa. —El muy imbécil se atrevió a cogerle un mechón de pelo. Jayden se levantó como un resorte del sofá, pero Mackenzie lo paró con un gesto de la mano—. Pero podríamos hacer la vista gorda si…

—La próxima vez que me toques te corto la mano. —El tipo dejó el mechón de pelo, pero se rio a carcajadas—. A ver, ilumíname, podríais hacer la vista gorda si…

—Si nos hicieras un buen precio por tus servicios —dijo el subnormal, sin ningún tipo de vergüenza, delante de todo el mundo, mientras sus colegas se reían. Y encima con una sonrisa que pretendía ser *sexy* y pícara.

Si esos “señores”, si es que se les podía llamar así, pensaban que se iba a amedrentar porque la llamaran prostituta ante sus compañeros, es que no les daba el cerebro para más. La pobre neurona que les quedaba estaría dormida.

—¿Así que es eso? —Mackenzie se rio, de manera sarcástica—. Ni entre los tres podríais pagar que os de un pequeño lametón a uno de vosotros en el rabo flácido que lleváis colgando entre las piernas.

—Ni te molestes, Muñeca. Creo que no les gustaría —comentó Jayden, que andaba detrás del mostrador de Leslie, con un teléfono móvil en la mano. Al parecer, cuando Mackenzie se cruzó en el camino de esos tres, el que lo llevaba en la mano lo dejó olvidado—. Les gustan los rabos bien grandes escondidos entre capas y capas de feminidad.

Enseñó una foto de una mujer transexual desnuda, donde se podía ver que se agarraba el miembro en una pose sensual. la había mandado a un grupo en el que se encontraban los tres amigos.

—Dame eso. —El dueño del móvil intentó quitárselo a Jayden, pero no lo consiguió. Lo había cogido sin que nadie se diera cuenta y había fisgoneado en él como si fuera suyo sin necesidad de contraseñas.

—Haberlo pensado antes de llamar puta a mi novia.

—¿Vuestras esposas saben esto? —Mack señaló con la cabeza sus anillos de casados. La falta de respuesta lo dijo todo—. Pues ahora vamos a hacer un trato, aprovechando que estoy de buen humor. Me venderéis las acciones al precio que a mí me de la gana, dado que no estáis en posición de negociar. Y me olvidaré de que pretendíais acostaros conmigo a cambio de dinero. Si no aceptáis, les enseñaré a vuestras mujeres las fotos y el vídeo de las cámaras de seguridad en el que estamos teniendo esta agradable conversación.

Los tres hombres se quedaron pálidos. No sabían donde meterse. El dueño del teléfono se lo arrebató a Jayden. Sabía perfectamente que ese chat y las fotos ya andaban en poder del exagente de la CIA.

—Esperamos noticias tuyas —dijo el de la propuesta indecente, el cabecilla de ese trío horrendo de tíos misóginos y machistas.

—Arriba ese ánimo, hombre. —Mackenzie le dio una palmada en la espalda—. Recibiréis una cantidad considerable de dinero por esas acciones. Seré buena.

Los tres se marcharon sin ni siquiera despedirse. Derrotados y cabizbajos. Y cuando la Muñeca miró a su alrededor, sus compañeros de trabajo la observaban sorprendidos.

—Mackenzie, te agradezco mucho lo que acabas de hacer, pero ¿cómo vamos a llevar la editorial las dos solas? —preguntó Emma, algo asustada.

—A ver, mi idea no es esa. Pensé que podía regalar algunas acciones por aquí —señaló a Madison, Liam y Michael—, y otras a alguien de la empresa que le apetezca participar. Así nosotros seremos los que tomemos las decisiones sin necesidad de terceros subnormales. Además, tenemos un objetivo común. Lo único que queremos es lo mejor para la editorial.

—Si fuera lesbiana, no te me escapabas. —Emma se acercó a abrazar a Mackenzie—. Gracias.

—Nada, tonta. —Ella le devolvió el abrazo mientras los demás aplaudían.

—Muñeca, ¿estás bien? —preguntó Jayden al acercarse.

—¿Lo dices porque me han llamado puta? —Él asintió—. Pues pasaríamos un buen rato si te cuento cada cosa que le he hecho al que me ha llamado así. Me estaba quedando sin ideas, lo de hoy ha sido muy original. Aunque me vaya a costar dinero.

—Eso es calderilla. Ni lo notarás en tu cuenta corriente —dijo Madison y Mackenzie le sacó la lengua.

—Bueno, cuando la compra de las acciones y el reparto se lleve a cabo, celebramos. Ahora, todo el mundo a trabajar que solo nos quedan unas horitas para acabar —ánimo Emma y todos se marcharon a sus mesas.

Mackenzie le dio un beso a Jayden, que se quedó en recepción y luego se sentó a su mesa. Se puso música y sonrió. Lo único que quería y necesitaba en el mundo es que su familia fuera feliz. Y ahora más, se tocó la panza, que dentro de unos meses habría un nuevo integrante.

---

Mackenzie se despertó temprano, por culpa de las náuseas. Así le costaba conciliar el sueño. Y la noche fue bastante movida. Michael se encontraba algo mejor de la gripe. Solo tuvo unas décimas de fiebre, pero con el medicamento que le mandó el pediatra se le controlaba muy bien. El que lo llevaba fatal era Jayden.

Se movió mucho en la cama. Se quitaba el pijama y se lo ponía cada dos por tres, además de los malos sueños por culpa de la fiebre. Ahora parecía tranquilo, aunque se encontraba completamente sudado. Le acarició el pelo suavemente y salió de la habitación. Visitó el cuarto

de Michael para ver que seguía en los brazos de Morfeo. Después fue al piso de abajo.

Intentaría recordar las lecciones de Jayden para preparar un desayuno decente para los tres.

Se decantó por huevos revueltos, un poco de panceta, algunas tostadas con mermelada, zumo recién exprimido de naranja y un pequeño bol con cereales. Además de café para el Muñeco y té para ella.

La comida del pequeño la cubrió con un cubreplatos para conservarla caliente. Primero desayunaría la pareja antes de que Michael se despertara. Subió las bandejas, primero una y después la otra, y empezó a llamar a Jayden de manera suave mientras le acariciaba el pelo.

—Muñequito, buenos días —saludó Mackenzie cuando entreabrió los ojos.

Él sonrió al verla y la atrajo para abrazarla. Ella se rio y le devolvió el abrazo. También lo besó repetidas veces en la mejilla.

—Buenos días, Muñeca.

—¿Cómo te encuentras? —Se separó y le volvió a acariciar el pelo.

—Parece que un tanque me ha atropellado.

—Ains, mi vida. —Lo besó en los labios y recogió la bandeja con el desayuno del suelo—. ¿Quieres desayunar? Los huevos no tienen el nivel del chef de nuestra casa, pero están aceptables. Los he probado.

—Ya veremos. —Le guiñó un ojo y empezó a comer—. ¿Te soy sincero? No me sabe mucho la comida y no puedo darte una opinión, aunque parece que los huevos están aceptables. Como has dicho.

—Yo me sentiré satisfecha mientras no se te indigesten.

—Oye, ¿y el postre? —preguntó Jayden, cuando se terminó toda la comida.

—¿Desde cuándo el desayuno lleva postre? —Mackenzie puso los brazos en jarras.

—Desde hoy. —Se acercó y le mordió una teta.

—Oye. Quietecito te ves más bonito, que estás enfermo.

—Por favor, un polvo despacito, ahora que tengo más fuerzas.

Mackenzie lo meditó durante un momento. Él solo tenía gripe, no le pasaría nada. Pero tenían una charla pendiente. Anoche se encontraba bastante mal y cayó dormido enseguida después de tomarse un Paracetamol. Pensaba que antes de hacer el amor, podía decirle que estaba embarazada y después celebrarlo. O también contárselo en el momento cumbre, cuando tuvieran el orgasmo. Sí, así sería.

—De acuerdo, pero —le dio un pequeño empujón para que se tumbara, con una sonrisa pícara en los labios— no te puedes mover.

—A sus órdenes. —Puso los brazos debajo de la cabeza y se dejó hacer.

Mackenzie lo destapó y le bajó el pantalón del pijama hasta las rodillas. Camiseta no llevaba y podía ver sus bonitos músculos. Cuando dejó su erección libre, se quitó ella su ropa. Dormir con pijama era un poco incordio, pero necesario por Michael, que a veces los visitaba asustado por las pesadillas.

Se llenó la mano de saliva y se humedeció el sexo y después el miembro de Jayden. Se sentó a horcajadas encima de él y con una mano mantuvo el pene levantado y fue bajando hasta que estuvo completamente llena.

Cuando se adaptó al tamaño empezó a mover las caderas de manera lenta, rozando su clítoris con el cuerpo de Jayden. Este llevó las manos a los muslos de ella y disfrutó de cómo lo cabalgaba. Con esa expresión excitada, esa melena negra cayendo en cascada sobre sus bonitos pechos operados, su coño apretándole la polla con ansias.

Mackenzie se sentía al borde, y no habían hecho más que empezar. Aun así, siguió hasta que

Jayden, con su expresión, le dijo que se iba a correr. Ella lo siguió y terminaron al unísono.

—Muñeco… —lo llamó, en un hilo de voz, intentando recuperar la compostura—. Estoy embarazada…

Jayden sonrió, con los ojos cerrados. De repente los abrió y se incorporó para mirar más de cerca a Mackenzie, cuando su cerebro procesó lo que ella le había revelado.

—¿Cómo?

Ella le pasó los brazos por detrás del cuello y sonrió.

—Lo que oíste. Vamos a ser papás.

—¿De verdad? —Ella asintió y él la abrazó fuerte.

Se quedaron un buen rato así, pegados el uno al otro, conectados a través de sus sexos, transmitiéndose amor por cada poro de sus pieles.

—Te amo, Muñeca. Soy muy feliz a tu lado y al lado de Michael. Y pronto tendremos una Muñequita igual a ti…

—¿Y si es un niño?

—No lo creo, presiento que va a ser una niña.

—Pues lo comprobaremos pronto. —Ella sonrió—. Ahora deja que cambie las sábanas, que no veas lo que has sudado esta noche, y voy a por Michael.

—Vale. Me daré una ducha. —Se tocó la frente—. Creo que tengo fiebre otra vez.

—Tranquilo, ahora te doy otro Paracetamol a ver si te baja.

—Gracias. —Le dio un beso en los labios—. Me voy a duchar.

Los dos se pusieron a sus tareas. Cuando Mackenzie se vistió y cambió las sábanas, despertó al pequeño Michael. Lo colocó en la bañera con agua calentita, dado que había sudado mucho también por la noche y le dio una corta ducha. Se notaba que se sentía mal, porque normalmente era muy hablador y apenas había dicho palabra. Después, lo llevó a su cuarto y empezó a darle de comer. El pobre ni fuerzas tenía para hacerlo solito.

Cuando Jayden regresó de su ducha, puso la televisión y se acurrucó con su hijo y vieron los dibujos animados hasta que la medicación les hizo efecto y se quedaron dormidos.

Mackenzie sonrió y les arropó. Después bajó a poner los restos del desayuno en el lavavajillas y trabajar un poco en su tablet mientras escuchaba un poco de música.

Al cabo de las horas, Jayden bajó con Michael y se relajaron los tres en el sofá y vieron una película. Hasta que tocaron el timbre.

Mackenzie abrió y eran Ava, Mason y Ariana.

—Hola, tesoro. ¿Cómo están los enfermitos? —preguntó Nana al entrar, con una bolsa de chucherías en la mano.

—Pues tranquilos. Ahí viendo la tele —respondió Mackenzie, dándole un beso en la mejilla y luego saludando a sus suegros.

—Venimos a mimarlos un poco —comentó Ava, con una sonrisa.

—Pues adelante.

Después de que saludaran a Jayden y Michael, todos se sentaron en el sofá y conversaron. En un momento, Mackenzie miró al Muñeco y le hizo una señal para que entre los dos contaran la buena noticia.

—Tenemos algo que contaros —comenzó Jayden y todos se giraron a mirarle.

—Estoy embarazada —terminó Mackenzie, y tanto los padres de Jayden como la abuela, se llevaron las manos a la boca de la sorpresa.

—¿*Embalazada*? —preguntó Michael, que andaba sentado en la alfombra haciendo garabatos en un papel.

Al parecer se encontraba mejor y tenía fuerzas para jugar.

—Pues sí, mi niño. —Mackenzie se sentó a su lado en el suelo—. Mami y papi te van a dar un hermanito o hermanita.

—¿Y dónde está?

—Aquí dentro —Jayden acompañó a Mack y a su hijo en la alfombra y señaló el vientre plano de ella—, en la pancita de mamá. Es muy, muy pequeñito ahora.

—¡Ala, qué guay!

—¿Tienes ganas de tener un hermanito para poder jugar cuando sea grande?

—¡*Zi*! —exclamó y se concentró de nuevo en su papel.

Mackenzie se rio. Los niños podían estar en varios asuntos a la vez. Además, sus prioridades cambiaban a cada momento.

—¿De verdad vamos a ser abuelos? —preguntó Ava, con lágrimas en las mejillas.

—Sí, de verdad —respondieron al unísono.

—Ay, madre mía, ¡qué ilusión! —dijo Ariana, acercándose para abrazarlos.

Ava y Mason también se abrazaron a ellos, felices por la noticia.

Al final, la vida te podía joder de maneras que quizás una persona nunca olvidaría. Y Mackenzie jamás borraría esos malos recuerdos de su cabeza. Sin embargo, siempre se podían crear momentos que compensaran toda la mierda vivida. Ella ahora se sentía tranquila, esos momentos habían puesto la balanza a favor del amor. ¿Qué más daba el camino para llegar al lugar ansiado si ese lugar era el puñetero paraíso?

# Glosario

**Back to you:** devuelta a ti.

**Chaise longue:** asiento mullido, alargado y normalmente sin brazos, que permite estirar las piernas, en ocasiones diseñado como extensión lateral de un sofá.

**Creepin’:** arrastrando.

**Déjà vu:** se trata de un suceso que se siente que ya ha sido vivido.

**Flogger:** tipo de látigo que se usa durante el sexo rudo. Es-tá compuesto de un mango largo del que salen varias correas de cuero.

**Hobbie:** pasatiempo.

**Ich singe, bis der Tag erwacht. Ein heller Schein am Firmament:** cantaré hasta que amanezca. Veo un brillo claro en el firmamento.

**Jogger:** los pantalones jogger se caracterizan por tener cintura ajustable, generalmente sirviéndose de un cordón, y acabados en puño elástico que se ajustan a los tobillos.

**La mia bella ragazza:** mi niña hermosa.

**Love is in the air:** el amor está en el aire.

**Mein Herz brennt!:** mi corazón arde.

**Mia ragazza:** mi niña.

**Mit diesem Herz hab' ich die Macht, die Augenlider zu erpressen:** con este corazón tengo el poder de chantajear los párpados.

**Nun liebe Kinder, gebt fein acht. Ich bin die Stimme aus dem Kissen. Ich hab' euch etwas mitgebracht, hab' es aus meiner Brust gerissen:** queridos niños, prestad atención. Soy la voz de la almohada, os he traído algo. Lo arranqué de mi pecho.

**Onēsan:** hermana mayor.

**Otōto:** hermano pequeño.

**Outfit:** conjunto.

**Picollo:** pequeño.

**Plug:** tapón.

**Stilettos:** calzado con tacón alto y muy delgado.

# Sobre la autora

Irina Melero Sarrió nació en Sevilla el año 1991. Cuenta con varios ciclos formativos de grado medio, Técnico en Comercio, Técnico en Auxiliar Administrativo y Técnico en Caracterización. En 2016 se encontraba sin trabajo, así que, buscó uno de Au Pair en Suiza y se mudó allí, hasta el día de hoy, porque se sentía estancada y necesitaba probar algo nuevo. Después de encontrar su segundo empleo en Suiza, se dio cuenta de que no le llenaba, estaba atrapada en un ciclo de monotonía interminable que la dejaba triste y sin vida, hasta que, tuvo un sueño. Ese sueño le dio la idea de escribir un libro, pero lo dejó estar, ya empezaría. Tras la insistencia de su pareja, meses más tarde, emprendió su camino como escritora, descubriendo así su gran pasión.

Instagram: @irina_melero_sarrio

# Books By This Author

## Para todas nuestras vidas: Una promesa eterna

Después de doce siglos reencarnándose una y otra vez y muriendo a manos de la madre de su gran amor, Luna decide que es tiempo de dejarle atrás e intentar vivir aunque sea sin él. Pero, el destino les vuelve a juntar. Y ahí es cuando se da cuenta de que, por mucho que lo niegue, siempre le necesitará a su lado. Porque amores como ese son imborrables y dejan una huella única en el corazón.

## Un amor de novela

Emma desciende de una familia que se dedica desde hace generaciones al mundo editorial y a la escritura. Dueña de una de las editoriales más importantes de los Estados Unidos, Miller's publishing, ha tenido que luchar para dejar atrás un pasado trágico y convertirse en quien es hoy. Una mujer empoderada, directa, extrovertida y con un físico de escándalo a la que le encanta disfrutar de su sexualidad.

Michael también proviene de una reconocida familia, de banqueros y asesores financieros. Con 27 años y aún sin graduarse en la universidad de finanzas, lo que a él le entusiasma es crear historias. Su sueño es convertirse en el escritor de novela erótica-romántica más reconocido del mundo. Educado y de buen porte. Le apasiona el sexo, y cuando está con una mujer es como mirar a la cara a un hombre totalmente distinto.

Ambos se conocen desde el instituto, pero dado el poco contacto que tuvieron, sentimientos que parecían existir nunca terminaron de germinar. Todo cambiará a raíz de una decisión que hará que se vuelvan a encontrar. ¿Acabarán las emociones que parecían enterradas por dar su fruto? ¿O tal vez sea simple atracción sexual?

## Un amo esperado

Mackenzie Hill es una mujer caprichosa, fría y que solo está interesada en ella misma y su apariencia física. No le importa hacer daño a los demás si con eso cumple con sus objetivos. Aunque, quizás, su comportamiento esté justificado. Quizás no quiere que nadie sepa su más oscuro secreto, por eso intenta alejar a toda persona buena que se cruza en su camino.

Jayden Sullivan es un mujeriego, por su cama pasan decenas de mujeres. Nunca se ha enamorado y dice que tampoco piensa hacerlo, porque su profesión nunca se lo permitiría. ¿Será que, en realidad, no es un simple futbolista?

Ambos ocultan secretos que, irremediablemente, los pondrá el uno frente al otro de nuevo. Después de lo mal que acabó su relación en el instituto, ¿lograrán entenderse? ¿Intentarán retomarlo donde lo dejaron o se conformarán solo con esporádicos encuentros sexuales?

Esta novela contiene escenas de violencia sexual explícita, leer bajo responsabilidad.

## Un amor esperado: Reunión de antiguos alumnos

Relato relacionado con Un amor esperado, leer después del título principal.

Mackenzie está viviendo un sueño increíble junto a Jayden del que jamás quiere despertar. Aunque sus monstruos interiores, a veces, se presentan en forma de recuerdos bonitos para atormentarla. Eso hará que un secreto que continua ocultando la presione para sacarlo a la luz. ¿Estará dispuesta a perder a sus seres queridos por quitarse esa carga de encima? ¿O seguirá enterrando ese secreto en lo más profundo de su ser?

## Un amor esperado: Secretos y bonitos recuerdos

Relato relacionado con Un amor esperado. Aunque sucede después del capítulo 6, contiene spoilers y hay que leerlo a continuación del título principal.

Mackenzie se ha vuelto a enamorar del hombre que le rompió el corazón en el instituto, que también es el héroe que la ha rescatado de su infierno personal y con el que comparte memorables recuerdos que ninguno olvidará nunca. Uno de esos recuerdos lo guardan en secreto, por diversos motivos. Revivirlo los unirá mucho más y su amistad se afianzará.